

UNA APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE SUJETO EN SIGMUND FREUD

Trabajo para optar al título de
Licenciada en Filosofía

Modalidad: Trabajo Monográfico

Presentado por
Erika Paola Duitama Becerra
Cód.: 2010232010

Director
Guillermo Bustamante Z

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Departamento de Ciencia Sociales
Licenciatura en Filosofía

Bogotá D.C

2016

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Revisión al conocimiento</i>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 2 de 83	

1. Información General

Tipo de documento	Trabajo de Grado
Acceso al documento	Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central
Título del documento	Una aproximación al concepto de sujeto en Sigmund Freud.
Autor(es)	Duitama Becerra, Erika Paola.
Director	Bustamante Zamudio, Guillermo.
Publicación	Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional, 2015.74 p.
Unidad Patrocinante	Universidad Pedagógica Nacional
Palabras Claves	SUJETO, INCONSCIENTE, CONCIENCIA, FILOSOFÍA, PSICOANÁLISIS.

2. Descripción
Trabajo de grado que se propone explicar la noción de <i>sujeto</i> en Sigmund Freud a partir de (i) una crítica al concepto de sujeto cartesiano y (ii) del análisis de la obra de Freud llamada <i>Tótem y tabú</i>. Para ello, en primer lugar, se hace un análisis del texto <i>Meditaciones acerca de la Filosofía Primera</i> de Descartes, con el fin de caracterizar el sujeto cartesiano. En segundo lugar, se consideran los postulados de la filosofía cartesiana, para exponer la noción de sujeto en Freud, en contraposición al sujeto cartesiano explicando, empero, que las condiciones de posibilidad para el sujeto freudiano surgen con el sujeto cartesiano. Por último, se define el sujeto freudiano —el sujeto de lo inconsciente— desde el texto <i>Tótem y tabú</i> de Freud, con el objetivo de señalar algunas discrepancias con el sujeto cartesiano y describir una nueva noción de sujeto, que redefine la concepción de la naturaleza humana. En términos generales, se pretende demostrar que el sujeto freudiano complejiza el sujeto cartesiano: en un sentido, Freud rechaza la idea de un sujeto que sea siempre consciente de sus pensamientos pero, en otro sentido, las condiciones para el sujeto de lo inconsciente aparecen con el sujeto cartesiano (sin el sujeto cartesiano, el campo del psicoanálisis no podría operar).

3. Fuentes
Descartes, Rene. (2009). <i>Meditaciones acerca de la filosofía primera</i>. 1° edición, Universidad Nacional de Colombia, Biblioteca abierta. Traducción, Jorge Aurelio Díaz.

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <u>Revisión al profesional</u>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 3 de 83	

Descartes, Rene. (1916). *El discurso del método*. Buenos aires: Suramericana.

Kant, Immanuel. (2003). *Pedagogía*. Madrid: Akal.

Kaufmann, Pierre (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis*. (Dir). El aporte freudiano. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques. (1981). *Aún seminario 20*. Barcelona: Paidos.

Laplanche, J., & Pontalis, B. (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, S.A.

Miller, Alain. (1986). *Ocho conferencias*. Buenos Aires: Manantial.

Miller, Alain. (1988). «Freud y la teoría de la cultura» En: Elucidación de Lacan. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Miller, A., Bleger, D, Cagliolo, S. B., Casenave, L., Fryd, A., Ileyassof, R., Lombardi, G., Nepomiachini, R., Seldes, R. y Tudanca, L. (1992). *Comentario del seminario inexistente*. Buenos Aires: Manantial.

Freud, Sigmund. (1913). *Tótem y tabu*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1915). *Ensayos sobre metapsicología*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1916). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (Parte III). Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1917). «Una dificultad del psicoanálisis». En: Obras completas. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.

4. Contenidos

Este trabajo cuenta con dos grandes objetivos desarrollados a lo largo de los tres capítulos que lo componen. El primer objetivo, a saber, explicar la noción de sujeto en Freud partiendo de la crítica al concepto de sujeto cartesiano de las Meditaciones metafísicas, se desarrolla en los capítulos: 1. La noción de sujeto en Descartes; 1.1. La duda metódica; 1.2. Pienso, luego existo; 1.3. Dios como garantía del conocimiento indubitable; 1.4. La filosofía cartesiana y la ciencia moderna; 2. Consideraciones sobre el concepto de sujeto cartesiano; 2.1. Crítica al concepto de sujeto cartesiano; 2.1.1. Lo inconsciente; 2.2. El sujeto cartesiano como condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente.

Posteriormente, se desarrolla el segundo objetivo de este trabajo, este es, explicar la noción de sujeto en Freud explorando y reconstruyendo la noción de sujeto freudiano en Tótem y tabú. Este objetivo se cumple en los capítulos: 3. La noción de sujeto en Freud; 3.1. Represión; 3.2. Síntoma; 3.3. Sujeto y lenguaje; 3.4. Sujeto y pulsión; 3.5. Conducta ambivalente; 3.6. Complejo de Edipo.

Durante el desarrollo de la parte reconstructiva de esta tesis se pone en marcha una lectura del

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Revisión al profesional</i>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 4 de 83	

pensamiento freudiano a partir de una crítica al sujeto cartesiano, expresando una relación entre psicoanálisis y filosofía. Aunque su carácter sea problemático, se mostrara que el psicoanálisis no es sin ciertos discursos filosóficos; y, al mismo tiempo, que la filosofía no puede escapar de los cuestionamientos que emergen a partir del psicoanálisis, como es el caso del sujeto definido desde la filosofía cartesiana.

5. Metodología

No aplica.

6. Conclusiones

Una vez realizado mi trabajo monográfico, se pudo llegar a las siguientes conclusiones:

I. Freud produce una subversión del sujeto cartesiano. Mientras que el sujeto cartesiano se caracteriza por una absoluta confianza en la razón y en la conciencia; para Freud, el sujeto habla sin ser consciente de la totalidad de sus pensamientos, pues la conciencia y la razón no son siempre un elemento primordial de lo que ocurre en la psiquis del sujeto.

II. Descartes y Freud construyeron dos nociones de sujeto diferentes y significativas para la filosofía moderna. Uno explicó el sujeto a partir de la razón, como consciente de todos sus pensamientos; el otro, explicó el sujeto a partir de lo inconsciente, incapaz de conocer plenamente todos sus pensamientos.

III. Descartes establece las condiciones de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente, a partir de dos aspectos importantes. Primero, porque en las Meditaciones delinea el sujeto dividido y vacío del síntoma, aquel sujeto del psicoanálisis. Segundo, porque la filosofía cartesiana estableció la división esencial entre el pensamiento y el ser del sujeto, lo cual le permitió al psicoanálisis reconocer que ser y pensar no se identifican. Así pues, el sujeto de la certeza cartesiana, aquel sujeto vacío, atravesado por el lenguaje y que no tiene una forma de identificar su ser, es el sujeto de lo inconsciente.

IV. El sujeto de lo inconsciente resulta como efecto no esperado que arroja la operación de la ciencia moderna. El sujeto de la ciencia moderna inaugurado por el cogito cartesiano, funda las condiciones para un saber sin sujeto; por lo cual, el discurso científico no desea saber sobre el sufrimiento a nivel de la realidad psíquica del sujeto. Sin embargo, Freud, concedió un lugar para ese sujeto que la ciencia había expulsado, otorgándole la posibilidad de nombrar su verdad y comprendiéndolo en su singularidad, más allá del discurso de la ciencia.

V. Desde el surgimiento del psicoanálisis, el saber sobre el sujeto, involucra ir más allá de la razón, implica

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Revolución de la Educación</i>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 5 de 83	

saber sobre lo inconsciente. Puesto que —según Freud— los contenidos de lo inconsciente tienen algo que decir sobre el sujeto; aunque estos permanecen desconocidos, determinan algunas conductas y estados psíquicos del sujeto: sueños, lapsus, chistes, síntomas, etc. De esta manera, el concepto de lo inconsciente reveló una nueva forma de concebir al sujeto; primero, porque permitió evidenciar que parte de la verdad del sujeto es aquello que reprime, es decir, que permanece en lo inconsciente; segundo, porque reflejó que el sujeto es un desconocido para sí mismo, pues la conciencia contiene una versión incompleta de lo que es el sujeto.

VI. Freud inauguró una nueva noción de sujeto, que rompe con la tradición del sujeto de la conciencia. Las principales características de dicho sujeto son:

- a) Es producto del proceso de represión. El sujeto debe reprimir algunas de sus pulsiones, lo anterior es un paso que todo ser humano ha sufrido, para poder pertenecer al vínculo social.
- b) Es sintomático. Según Freud, lo propio de la condición humana es que tengamos síntomas psíquicos; primero, porque el sujeto es el resultado del conflicto entre lo que ocurre con sus pulsiones y lo que hace con ellas, a partir de las prohibiciones impuestas; segundo, porque el sujeto está atravesado por el lenguaje; y, entonces, no funciona como el resto de los animales, lo cual le deja un malestar, un síntoma.
- c) Se constituye a partir de la falta y el deseo. El sujeto de lo inconsciente se define como faltante, porque no puede encontrar el objeto que satisface su deseo; no obstante, a partir de ese deseo insatisfecho, el sujeto puede denominarse como deseante, pues el deseo es inmortal (nunca encuentra satisfacción); por lo tanto, el sujeto debe buscar nuevas formas de satisfacción por el camino que le procura lo inconsciente.
- d) Está atravesado por el lenguaje. Lo que implica que; por un lado, padece el síntoma; y, por otro lado, su satisfacción no se realiza como en los animales. En este sentido, para Freud el hombre es un ser desnaturalizado, pues no se comporta de acuerdo con las leyes de la naturaleza.
- e) Es pulsional. Primero, porque el ser humano pierde el instinto y con ello brota la pulsión, la cual guía el actuar del sujeto, ya que ha perdido la programación instintiva. Segundo, porque la pulsión le permite al sujeto unir lo que ocurre en el cuerpo y lo que ocurre en el aparato psíquico, ya que la inmersión en el lenguaje trajo consigo la división entre el cuerpo y la psiquis. Tercero, porque el sujeto de lo inconsciente se moviliza esencialmente con el fin de satisfacer sus pulsiones.
- f) Está atravesado por dos instancias: la conciencia y el inconsciente, lo prueba la existencia de la conducta ambivalente en el sujeto. Según Freud, el sujeto opera desde dos instancias: lo inconsciente y la conciencia; de manera que, para el psicoanálisis hay sujeto dividido, lo que implica una idea de sujeto más compleja, pues la actividad de la conciencia se tropieza en algunas ocasiones con la actividad de lo

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Formadora de la Educación</i>	FORMATO		
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE		
Código: FOR020GIB	Versión: 01		
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 6 de 83		

inconsciente.

g) Es incestuoso. La inclinación hacia el incesto y la hostilidad desempeñan en la constitución del psiquismo individual un lugar importante. Primero, porque la renuncia a las pulsiones incestuosas le permiten al sujeto pertenecer al vínculo social. Segundo, porque una vez reprimidas dichas pulsiones, el sujeto puede reconocer la ley, y se crea el núcleo del superyó. Tercero, porque el sujeto a partir de la renuncia a lo pulsional, entiende que debe remplazar su objeto de satisfacción; y, además, que existe algo que no puede ser satisfecho (el deseo incestuoso). Cuarto, porque las pulsiones incestuosas desempeñan un papel importante en la formación de la neurosis.

Elaborado por:	Erika Paola Duitama Becerra
Revisado por:	Guillermo Bustamante Zamudio

Fecha de elaboración del Resumen:	30	08	2016
--	----	----	------

Contenido

Resumen.....	8
Hipótesis:	9
Objetivo general:.....	9
Objetivos específicos:	9
Introducción	10
1. La noción de sujeto en Descartes.....	14
1.1 La duda metódica	14
1.2 Pienso, luego existo	17
1.3 Dios como garantía del conocimiento indubitable.....	20
1.4 La filosofía cartesiana y la ciencia moderna.....	24
2. Consideraciones sobre el concepto de sujeto cartesiano.....	26
2.1 Crítica al concepto de sujeto cartesiano.....	26
2.1.1 Lo inconsciente	32
2.2 El sujeto cartesiano como condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente	35
3. La noción de sujeto en Freud	42
3.1 Represión	42
3.2 Síntoma	44
3.3 Sujeto y lenguaje.....	46
3.4 Sujeto y pulsión.....	53
3.5 Conducta ambivalente.....	58
3.6 Complejo de Edipo	71
4. Conclusiones	80
5. Bibliografía	83

Resumen

El presente trabajo monográfico explica la noción de *sujeto* en Sigmund Freud a partir de (i) una crítica al concepto de sujeto cartesiano y (ii) del análisis de la obra de Freud llamada *Tótem y tabú*. Para ello, en primer lugar, se hace un análisis del texto *Meditaciones acerca de la Filosofía Primera* de Descartes, con el fin de caracterizar el sujeto cartesiano. En segundo lugar, se consideran los postulados de la filosofía cartesiana, para exponer la noción de sujeto en Freud, en contraposición al sujeto cartesiano explicando, empero, que las condiciones de posibilidad para el sujeto freudiano surgen con el sujeto cartesiano. Por último, se define el sujeto freudiano —el sujeto de lo inconsciente— desde el texto *Tótem y tabú* de Freud, con el objetivo de señalar algunas discrepancias con el sujeto cartesiano y describir una nueva noción de sujeto, que redefine la concepción de la naturaleza humana.

En términos generales, se pretende demostrar que el sujeto freudiano complejiza el sujeto cartesiano: en un sentido, Freud rechaza la idea de un sujeto que sea siempre consciente de sus pensamientos pero, en otro sentido, las condiciones para el sujeto de lo inconsciente aparecen con el sujeto cartesiano (sin el sujeto cartesiano, el campo del psicoanálisis no podría operar).

Palabras clave: sujeto, inconsciente, conciencia.

Abstract

This monograph explains the notion of subject in Sigmund Freud's theory. In order to accomplish this purpose, I will do a critique of the Cartesian concept of subject and, in second place, an analysis of *Totem and Taboo*. To do this, I will do an analysis of the *Meditations on First Philosophy* from Descartes, in order to characterize the modern Cartesian subject. Secondly, I will criticize the principles of the Cartesian philosophy to expose the notion of subject in Freud as opposed to the Cartesian subject, but explaining that the conditions of possibility for the subject of the unconscious to arise depends on the Cartesian subject. Finally, I will define the Freudian subject —the subject of the unconscious— as defined from the text *Totem and Taboo*, with the aim of highlighting some discrepancies with the Cartesian subject and describe a new notion of the subject which subverts the conception of human nature.

Overall, my principal aim is to show that the Freudian subject is a kind of overcoming from the Cartesian subject. In a sense, I'll argue that Freud rejects the idea of a subject that is always

aware of his thoughts; but, in another sense, that the conditions for the subject of the unconscious to appear depends on the existence of the Cartesian subject. In that sense, without the Cartesian subject, the field of psychoanalysis could not operate.

Keywords: subject, unconscious, conscious.

Hipótesis:

El sujeto freudiano en un sentido necesita del sujeto cartesiano, pero en otro sentido, es una complejización de este.

Objetivo general:

Explicar la noción de sujeto en Freud, primero, partiendo de la crítica al concepto de sujeto cartesiano de las *Meditaciones metafísicas*; y segundo, explorando y reconstruyendo la noción de sujeto freudiano en *Tótem y tabú*.

Objetivos específicos:

- Describir el concepto de sujeto cartesiano en las *Meditaciones metafísicas*.
- Realizar una crítica al concepto de sujeto cartesiano.
- Destacar la importancia del sujeto cartesiano en el surgimiento del sujeto de lo inconsciente.
- Describir la noción de sujeto en la teoría freudiana, señalando las características más relevantes de la teoría de Sigmund Freud en *Tótem y tabú*.
- Mostrar que la noción de sujeto freudiano es una nueva concepción de sujeto.

Introducción

La teoría de Sigmund Freud se ocupa principalmente del campo del inconsciente. El develamiento de esta instancia psíquica en el ser humano implicó un rompimiento con la tradición de la filosofía moderna cartesiana (y con el campo de la medicina, de donde viene Freud, pero esa dimensión no la exploro en este trabajo). Cuando el psicoanálisis se tropezó con asuntos que no podían ser explicados desde la concepción del pensamiento como uso de la conciencia y la razón, se comenzó a cuestionar la idea de sujeto que resulta del pensamiento de Descartes, en la cual predominaba el uso de la razón¹.

De esta manera, el pensamiento de Freud se presentó como una crítica a la excesiva confianza en la razón del sujeto moderno, lo que trajo consigo una nueva concepción de sujeto. La teoría de lo inconsciente problematiza la teoría estructurada por Descartes, el sujeto freudiano subvierte el sujeto cartesiano. Mientras que, por un lado, el sujeto cartesiano se define a partir de una confianza absoluta en la razón y los procesos de la conciencia; por otro lado, el sujeto freudiano se define a partir del sistema psíquico inconsciente, el cual no opera principalmente sobre la base de la razón y los procesos de la conciencia.

Desde la locución *pienso, luego existo*, se denota la importancia que Descartes atribuye a la razón como vía para encontrar la certeza del conocimiento e, incluso, la certeza de la existencia propia. Desde la filosofía cartesiana, el pensamiento era la única certeza del sujeto, pues se consideraba que cuando el sujeto utilizaba la razón, podía llegar a ser y a conocer la verdad.

Por su parte, Freud —desde su práctica clínica— infirió la existencia de formaciones de pensamiento que no parecían provenir de lo consciente, sino de otra instancia psíquica del sujeto —que llamó *inconsciente*—. Freud reconoció que existían momentos en los cuales el sujeto no operaba de manera consciente, destacando la existencia de pensamientos inconscientes, susceptibles de manifestarse. Si quisiéramos resumir en una palabra el descubrimiento freudiano, ésta sería el término inconsciente. Este concepto denomina uno de los sistemas del aparato psíquico definido por Freud; su principal característica es que está constituido por contenidos

¹ Es importante aclarar que Descartes precisa otras ideas sobre el sujeto, las cuales no serán tomadas en cuenta en este trabajo (como lo es la idea de cuerpo en Descartes). Únicamente, tomaré y definiré el *cogito cartesiano* como punto de referencia de esta indagación; pues la idea de cuerpo y otras ideas (que puedan faltar en mi trabajo) no se consideran relevantes para el objetivo de mi tesis.

reprimidos, a los cuales no tiene acceso el sistema consciente, pese a permanecer activos en el sujeto, pues los contenidos inconscientes conservan efectividad psíquica, lo cual podemos verificar en fenómenos como los sueños, los lapsus, los actos fallidos, los síntomas, etc.

Al suponer que el sujeto no operaba únicamente sobre la base de la conciencia sino también sobre lo inconsciente, Freud introdujo nuevos conceptos para concebir al sujeto: pulsión, síntoma, deseo y represión. Dichos conceptos serán abordados en este trabajo. Así pues, podemos entender que el sujeto en Freud se define en otros sentidos diferentes al sujeto cartesiano. Explicar cuál es el sujeto freudiano —el sujeto de lo inconsciente— será el objetivo de este trabajo monográfico.

No obstante, el presente trabajo muestra tan solo un modo admisible de entender las diversas aproximaciones que realiza Freud en torno al concepto de sujeto, pues él no establece una definición formal de tal concepto. Las definiciones estudiadas en este trabajo son elaboradas a partir de algunas referencias de las entrelíneas de uno de sus textos: *Tótem y tabú*. Este trabajo explicará exclusivamente la noción de sujeto de lo inconsciente desde dicha obra. La importancia de retomar únicamente este libro y no otra de sus obras reside en un punto importante. La teoría de Freud no está presentada linealmente, en un orden cronológico o ascendente, sino a partir de un proyecto: explicar la importancia de la pulsión en el sujeto². Todas sus obras se ocupan de este proyecto. Si se toma fortuitamente cualquiera, aun así encontraremos una explicación asertiva sobre su teoría.

De manera que *Tótem y tabú* puede ofrecer claramente una explicación de la teoría freudiana (al menos hasta su momento). Sin embargo, mi elección obedece a la siguiente cuestión: el texto se pregunta por la condición humana, interrogante que ha ocupado a la filosofía moderna. Por tal razón, es interesante abordar dicho interrogante y analizar las disimilitudes de sus respuestas, pues la filosofía moderna explica al sujeto a partir de la razón y el psicoanálisis a partir de lo inconsciente.

Ahora bien, poner en marcha una lectura del pensamiento freudiano a partir de una crítica al sujeto cartesiano, expresa una relación entre psicoanálisis y filosofía. Aunque su carácter sea

² El concepto de pulsión es uno de los ejes fundamentales de la teoría freudiana. Desde allí se forma una nueva concepción de sujeto, pues los elementos reprimidos son sus pulsiones; y, recordemos que lo reprimido es lo propio de lo inconsciente.

problemático, no puede negarse que el psicoanálisis no es sin ciertos discursos filosóficos; y, al mismo tiempo, que la filosofía no puede escapar de los cuestionamientos que emergen a partir del psicoanálisis, como es el caso del sujeto definido desde la filosofía cartesiana. Ahora, con respecto a que el psicoanálisis no puede ser sin ciertos discursos filosóficos, nos tropezamos con la siguiente idea: el sujeto cartesiano es condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente. El sujeto que Descartes inaugura no sólo es importante en el campo de la filosofía, sino que también tiene un carácter fundamental para el psicoanálisis. Pero, ¿no es paradójica esta idea, habiendo anunciado la gran distancia que parece haber entre el discurso de Descartes y el discurso de Freud? Por tal razón, explicaré, no solo el sentido de discrepancia de estos dos discursos, sino también el punto de convergencia, la razón por la cual el sujeto cartesiano es una condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente³.

Para ello, haré un análisis de las *Meditaciones* de Descartes, centrándome principalmente en la primera parte, en la cual se introduce la duda metódica. Desde allí, el filósofo francés nos sitúa ante un sujeto vacío, sin ningún elemento con el cual identificarse. Puesto que, todo ha sido puesto en duda (el cuerpo, la realidad, dios e incluso los objetos matemáticos), sólo queda un sujeto vacío, desprendido de toda identificación.

Se mostrará que, sin este sujeto vacío, no puede operar el campo del psicoanálisis, pues, allí donde todavía hay identificación con un saber tradicional, no existe la posibilidad de la práctica psicoanalítica. Es el caso de un indígena en su ámbito, el cual tiene aún un saber sobre el cual anudarse o identificarse y dar sentido a su existencia; por el contrario, el sujeto del inconsciente —como el sujeto cartesiano— es un sujeto que no tiene asidero.

Ahora bien, al finalizar sus *Meditaciones*, Descartes nos deja en un universo reducido al campo de la matemática. Por eso se atribuye al sujeto cartesiano la inauguración de la ciencia moderna. Esta ciencia concede al sujeto la capacidad de pensar; empero, en su discurso no se admite el pensar del sujeto y, por efecto, su ser, pues la ciencia ubica al sujeto en posición de objeto y prescinde de su singularidad. En la ciencia, el individuo es liberado de toda subjetividad y puesto en relación con un universo formalizado (reducido —en el sentido del algoritmo— a la lógica). El discurso de la ciencia borra por completo la presencia del sujeto y entra en una dinámica

³ Es necesario aclarar que las anteriores ideas sobre Freud y Descartes se realizarán desde una interpretación de Jaques Lacan. Se tomará en cuenta, principalmente la lectura que Lacan realiza sobre Freud y Descartes.

donde todo parece funcionar a la perfección sin él. Por su parte, el psicoanálisis va a hacerse cargo de ese sujeto *así producido* (no es que objete la operación de la ciencia), dándole la posibilidad de hacerse cargo de su condición, de nombrarse parcialmente, de hacer algo con la palabra que le ofrece vanamente representarlo. Por tal razón, este texto presentará el concepto de sujeto freudiano, como un efecto retroactivo de la operación de la ciencia, un resultado no esperado de la época de la ciencia moderna.

En el primer capítulo, presentaré un análisis más bien expositivo del sujeto cartesiano, a manera de reconstrucción conceptual de los argumentos del filósofo. En el segundo, realizaré una crítica al sujeto cartesiano; y, también explicaré el sujeto cartesiano como posibilidad del sujeto de lo inconsciente. Finalmente, en el tercer capítulo, realizaré una introducción al concepto de sujeto en Freud, exponiendo sus principales postulados.

1. La noción de sujeto en Descartes

El presente capítulo busca precisar el concepto de sujeto moderno. Se tomará como punto de partida, para la indagación, el texto *Meditaciones acerca de la Filosofía Primera* de René Descartes. El capítulo se dividirá en cuatro bloques: en primer lugar, se explicará brevemente el recurso metodológico que utiliza Descartes en las *Meditaciones*, a saber, la duda metódica. En segundo lugar, se estudiará la locución *pienso, luego existo*, la cual es el fundamento del sujeto cartesiano. En tercer lugar, se hará una exposición acerca de dios como garantía del conocimiento indubitable. En último lugar, se hará alusión a la filosofía cartesiana como un elemento esencial en la inauguración y surgimiento de la ciencia moderna.

El propósito que expresa Descartes en su texto *Meditaciones acerca de la Filosofía Primera* es establecer un principio para la filosofía, debido a que no ha encontrado nada completamente cierto, lo cual sería de gran utilidad para la ciencia, pues —según él— ésta toma sus principios de la filosofía. Descartes pretende encontrar un principio de alcance universal que permita establecer los principios filosóficos a partir de los cuales todos los conocimientos de la ciencia estarían fundamentados, un principio que quede fuera de toda duda, un punto desde el cual poder sustentar un conocimiento cuya validez no sea refutable.

1.1 La duda metódica

El recurso metodológico que emplea Descartes para efectuar su propósito es la duda metódica, bajo la cual son falsas todas aquellas cosas que sean dudables y no se puedan saber con certeza. En su primera meditación, comienza dudando de todo aquello que es susceptible de engaño, pero no demostrará que todo es falso, pues sería una empresa inalcanzable, sino que demostrará que se puede dudar de los fundamentos sobre los cuales se sostienen todas las cosas.

Ya hace algunos años que he tomado conciencia de la gran cantidad de cosas falsas que, con el correr del tiempo, he admitido como verdaderas, así como lo dudoso que es todo lo que sobre ellas construí posteriormente, y que, por lo tanto, había que derribar todo ello desde sus raíces una vez en la vida, y comenzar de nuevo desde los primeros fundamentos, si deseaba alguna vez establecer algo firme y permanente en las ciencias (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 18).

Lo primero que Descartes pone en duda son las cosas sensibles, los conocimientos que provienen de los sentidos; algunas, veces estos lo han engañado y no considera prudente confiar en quien ya lo ha engañado, aunque hubiera sido tan sólo una vez. Esta primera duda se refiere al hecho de que, a menudo, los sentidos nos engañan debido a su conocida imperfección, pues es innegable la existencia de ilusiones sensoriales que producen percepciones equivocadas de los objetos; por ejemplo, cuando se percibe inexactamente el movimiento o distancia de algún objeto⁴.

Posteriormente, este filósofo introduce la duda sobre el propio cuerpo. Va a dudar sobre lo que parece evidente ante sus ojos, como lo menciona en su texto: “como que ahora estoy aquí, que me hallo sentado junto al fuego, que estoy vestido con un abrigo de invierno, que tengo en mis manos una hoja de papel, y cosas semejantes” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 19). Y aunque no es razonable poner en duda el conocimiento del propio cuerpo, él lo justifica afirmando que no se puede distinguir fácilmente entre el sueño y la vigilia, pues en muchas ocasiones se tienen sueños donde se representan situaciones y cosas que parecen completamente reales; y, del mismo modo, pueden llegar a considerarse reales cosas que ni si quiera existen y se aparecen en los sueños.

De esta manera, la primera figura de la duda es una duda radical. Se duda de todo lo que se divisa a través de los sentidos y la percepción del cuerpo, pues cuando se está dormido lo que se percibe parece tan real como durante la vigilia; y, lo que se percibe no nos puede dar información de la realidad de las cosas, ya que puede ocurrir que estemos soñando.

Así pues, todo el conocimiento que proviene de los sentidos e incluso del propio cuerpo queda a un lado en la búsqueda de la certeza, ya que se puede dudar de ellos: ¿No podía ser todo, en definitiva, solo un sueño? “Veo con tanta claridad que nunca se puede distinguir con indicios ciertos el sueño de la vigilia, que me hallo estupefacto, y el mismo estupor casi me confirma en la opinión del sueño” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 20).

Ahora bien, Descartes indagará sobre la posibilidad de que existan cosas que continúen siendo ciertas, aunque se esté en estado de vigilia o de sueño; dichas cosas son las ideas matemáticas. El

⁴ Es el caso del movimiento aparente o la ilusión de movimiento: si estoy sentada en un vehículo que está junto a otro que comienza a moverse, mientras el mío permanece detenido, y estoy viendo hacia afuera a través de la ventana, puedo tener la sensación de que mi vehículo está retrocediendo.

filósofo francés averiguará si las cosas que provienen del conocimiento de ciencias como la matemática o la aritmética pueden ser falsas.

La Aritmética, la Geometría y otras semejantes, (...) contienen algo de cierto e indudable. Porque, ya sea que esté despierto, ya sea que esté dormido, dos y tres unidas hacen cinco, y el cuadrado no tiene más de cuatro lados; y no parece posible que verdades tan evidentes caigan bajo sospecha de falsedad (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 21).

A partir del hecho de que estamos sujetos al error, Descartes contempla la posibilidad de que dichas cosas sean falsas, pues existen hombres que se equivocan hasta en las más simples cuestiones de la matemática; y él, al igual que aquellos hombres, podría también estar equivocado: “Más aún, así como juzgo que los demás se equivocan a veces acerca de las cosas que consideran saber de la manera más perfecta, ¿no pasaría lo mismo conmigo, que me equivoque cada vez que sumo dos y tres, o cuento los lados del cuadrado, o si se puede pensar algo aún más fácil?” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 21).

Para radicalizar esta duda, este fingimiento metódico, Descartes supondrá que tal vez exista un dios que lo haya creado de tal forma que haga que él siempre se equivoque. Contempla la posibilidad de que exista un dios, un genio maligno, que emplee su poder para confundirlo; imagina un dios extremadamente poderoso y astuto, que empeña toda su destreza para engañarlo. De esta manera, Descartes va a considerar falsas todas las demostraciones que antes percibía como verdaderas, poniendo en duda las comprobaciones matemáticas.

Así pues, después de emplear la duda metódica, termina negando los sentidos, la realidad e incluso las verdades matemáticas, pues luego de suponer que un ser maligno y astuto lo induce a la equivocación, termina resignado a un mundo que es susceptible de engaño. Por tal razón, se puede decir que, en esta primera parte, hay un derrumbamiento de todos los referentes, pues este filósofo ha quedado vacío: ningún símbolo, ningún semejante le permiten validar la realidad, ni siquiera su propia existencia.

1.2 Pienso, luego existo

Después de haber dudado de todo, el filósofo francés sigue avanzando hasta encontrar algo cierto. En la segunda meditación es anunciada dicha certeza: *pienso, luego existo*⁵. Descartes manifiesta que puede poner en duda todo, pero no puede dudar que por lo menos él, quien duda, es un ser que piensa, pues aun para negar que piensa necesita pensar. Además, así existiera un genio maligno con la capacidad de engañarlo, este no podría hacer que él no fuera alguna cosa, en tanto utilice su pensamiento. Así, a pesar de no saber nada con certidumbre, puede admitir que duda y piensa, es decir, si algo es cierto, es su pensar.

Inmediatamente después advertí que mientras yo quería pensar de ese modo que todo era falso, era preciso que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa. Y notando que esta verdad: pienso, luego soy, era tan firme y segura que no eran capaces de conmoverla las más extravagantes suposiciones de los escépticos, juzgué que podía aceptarla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que buscaba (Descartes, 1967, pág. 160).

Descartes halla por fin algo innegable: la actividad de pensar⁶. Esto ha sido llamado, por la tradición filosófica, *cogito cartesiano*. Desde allí se concibe un sujeto con capacidad de razonar, lo cual implica que, por un lado, utilizando la razón, el sujeto puede obtener conocimiento de las cosas del mundo; y, por otro lado, lo más importante, sólo cuando el sujeto emplea su pensamiento, puede existir. “Yo soy, yo existo; es cierto. Pero ¿cuánto tiempo? Únicamente mientras pienso; porque también podría suceder que, si me abstuviera de todo pensamiento, ahí mismo dejaría por completo de ser” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 28).

Justamente, lo significativo de la expresión *pienso, luego existo* es que el sujeto existe necesariamente mientras utilice su pensamiento; el sujeto que Descartes inaugura se define como cosa pensante o, dicho de otra manera, como una cosa que tiene la facultad de pensar. “Porque de manera precisa sólo soy cosa pensante, esto es, mente, o ánimo, o intelecto, o razón, palabras cuya significación me era desconocida. Soy entonces cosa verdadera, y verdaderamente existente; pero ¿qué cosa? Lo he dicho: pensante” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 28).

⁵ La expresión *pienso, luego existo*, que aquí se recoge, no aparece en las *Meditaciones*, sino en el *Discurso del método*. Sin embargo, es retomada y explicada en la segunda meditación; y, aparece bajo la locución: *yo soy, yo existo*.

⁶ Si algo es el sujeto cartesiano, si existe algo innegable para él o el mundo, es su pensar, su capacidad de razonar.

Precisamente la esencia del sujeto cartesiano es el pensamiento o la razón, pues Descartes pudo imaginar carecer de cuerpo y de todo lo atribuible a este, dudar de la realidad e, incluso, de las verdades de la matemática; empero, solo pudo comprender gracias a la facultad de pensar, la cual no requiere de ningún lugar para ser ni depende de ninguna cosa material.

Ahora bien, Descartes utiliza el ejemplo de la cera para especificar la superioridad del conocimiento que proviene de la razón o la conciencia frente al conocimiento que resulta de los sentidos. A través de los sentidos se puede conocer: el olor, el color, la textura, etc., de la cera; pero, dado que es un cuerpo cambiante, sólo la conciencia puede percibir su modo constante, en este caso, la idea de cera. Así, la idea es más verdadera que las impresiones empíricas, pues dichas impresiones son dudosas y cambiantes, y no permiten obtener el asidero de la propia idea (para el ejemplo citado, la idea de cera). En este sentido, lo verdadero de la cera y de las demás cosas corporales es lo que puede percibir la mente humana, pues el conocimiento que proviene de los sentidos no es garantía de un conocimiento legítimo e indudable; por tanto, la mente es superior al cuerpo:

Porque como ahora me resulta claro que los cuerpos mismos no son percibidos propiamente por los sentidos, (...) sino por el solo intelecto, y que tampoco se los percibe porque se los toque o se los vea, sino únicamente porque se los entiende, sé claramente que nada puede ser percibido por mí con más facilidad o evidencia que mi mente (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 34).

Otro elemento de la filosofía cartesiana que expresa la supremacía del conocimiento procedente de la razón es la existencia de ideas innatas. Dichas ideas son aquellas que se hallan en la mente antes de tener alguna experiencia o percepción del mundo. A partir de la anterior hipótesis, Descartes admite que el punto de partida del conocimiento no son los datos provenientes de los sentidos, sino las ideas propias del entendimiento humano, a saber, las ideas innatas. Dirá que estas son, en principio, ideas claras y distintas; y, también, son aquellos conocimientos que se tienen sobre principios universales y ciertos. Los anteriores conocimientos no provienen de la experiencia de los sentidos, pues —según Descartes— la experiencia o percepción no permite establecer conocimientos universales ni puede justificar ciertos contenidos mentales. En este sentido, las ideas innatas del sujeto no descansan en la experiencia sino en la razón, lo que revela

la importancia de la razón en la construcción de un conocimiento inequívoco para la teoría cartesiana.

De esta manera, una de las características que elaboró y estructuró Descartes sobre el sujeto es la absoluta confianza en el pensamiento, en la razón. En su filosofía, el conocimiento es posible únicamente a través del uso de la razón o los procesos de la conciencia, pues para conocer solo se necesita de un sujeto capaz de razonar y de un objeto que se pueda conocer. El sujeto de la razón garantiza el conocimiento⁷.

Así, el conocimiento de los objetos se obtiene gracias al pensar y la razón; y, no por los sentidos. Dicho pensar refiere a una conciencia, pues lo primero conocido no son los objetos, sino el entendimiento, ya que la razón no comienza por otro objeto sino por la razón misma, lo cual implica que no puede haber pensamiento alguno del cual no se tenga conciencia en el momento mismo en que se enuncia.

Parece presuponerse una “transparencia” de la conciencia en Descartes, una transparencia del pensamiento frente a la conciencia. Desde allí se rechazaría la posibilidad de pensamientos de los cuales no se tenga conciencia en el momento mismo que se dan. Esto equivale a sostener que todo pensamiento o estado mental debe ser, por naturaleza, consciente. De manera que, para Descartes, no se pueden producir pensamientos sin que el sujeto sea consciente de ellos, pues el sujeto opera siempre desde la base del pensar.

Así pues, bajo el influjo del pensamiento cartesiano, emerge como verdad indudable que lo más esencial del hombre es el pensar mismo, lo que trae consigo tres características esenciales en la definición de sujeto: en primer lugar, el sujeto cartesiano únicamente tiene certeza de que piensa; y, con ello de su existencia; en segundo lugar, sólo a través de la razón y del uso de los procesos de la conciencia el sujeto puede conocer la realidad y la verdad del mundo; y, en tercer lugar, el sujeto cartesiano no puede tener pensamientos posibles ni verdaderos fuera de la razón y la conciencia, pues el pensamiento es por naturaleza consciente.

⁷ El sujeto definido por Descartes de lo único que tiene certeza es de su pensar; y, con ello de su existencia. Sin embargo, dicha certeza permite fundamentar el resto del conocimiento, el cual no es autoevidente como el pensamiento del sujeto. Pero, aun así, tener dicha certeza garantiza la posibilidad de conocer, pues cuando sé que pienso, reconozco entonces que puedo conocer.

1.3 Dios como garantía del conocimiento indubitable

Luego de haber encontrado una primera convicción, el filósofo francés indaga sobre la posibilidad de edificar algo fuera de sí. Necesita hallar una certeza que le permita sustentar y dar sentido al mundo, pues, al terminar la segunda meditación, la única certidumbre es su pensamiento, el cual solo garantiza su existencia, pero no valida la existencia de las demás cosas del mundo y tampoco confirma que dichas cosas no sean falsas.

Para llevar a cabo tal propósito de edificación, Descartes requiere probar la existencia de una idea que exista por sí misma y se valga a sí misma; tal idea es dios. Si comprueba la existencia de dicha idea, puede garantizar que aquello que percibimos del mundo es verdadero.

Que si la realidad objetiva de alguna de mis ideas es tanta (...) de ello se sigue necesariamente que no estoy solo en el mundo, sino que existe también alguna otra cosa que es la causa de esa idea. Pero si no se encuentra en mí una idea así, no tendré ningún argumento que me otorgue la certeza de la existencia de alguna cosa diversa de mí (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 42).

En este sentido, Descartes necesita encontrar un argumento sobre la existencia de dios. Debe demostrar que dios no solo existe como idea, sino que se hace patente su existencia, pues la sola prueba de la existencia de dios sugiere la existencia de las demás cosas, ya que de dios provienen todas las cosas. Igualmente, Descartes requiere comprobar que dicho dios no es engañador, lo que permitiría cimentar un conocimiento inequívoco. Aunque en las *Meditaciones* Descartes ofrece importantes argumentos para demostrar la existencia de dios, dichos argumentos no serán analizados aquí en profundidad; empero, se hará una exposición breve del argumento general.

Antes de continuar, es pertinente aclarar que la idea de dios es —según Descartes— de origen innato⁸; lo que el filósofo francés pretende argumentar es que dicha idea no es puramente subjetiva, sino que también tiene realidad objetiva. Así pues, Descartes recurre a tres proposiciones generales que permiten afirmar la existencia de la idea de dios:

En primer lugar, afirma:

⁸ La idea de dios es innata del mismo modo que es innata la idea de mí mismo; en palabras de Descartes: “No hay por qué admirarse de que Dios, al crearme, me haya introducido esa idea, (...) por el solo hecho de que Dios me ha creado, resulta muy creíble que yo haya sido hecho en cierto modo a su imagen y semejanza, y que tal semejanza, en la que está contenida la idea de Dios, sea percibida por mí con la misma facultad con la que me percibo a mí mismo” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 52).

Pero ya por la luz natural es manifiesto que en la causa eficiente y total debe haber al menos tanto, cuanto en el efecto de la misma causa. Porque, pregunto ¿de dónde podría tomar el efecto su realidad si no es de la causa? ¿Y cómo se la podría dar la causa si no la tuviera? De ahí se sigue entonces que algo no puede ser hecho de la nada, y que tampoco lo más perfecto, es decir, lo que contiene en sí más realidad, puede ser hecho por lo que es menos (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 41).

Desde la suposición de tal principio, Descartes señala que el creador de la idea de dios que está en él, no puede ser él mismo, pues el sujeto es imperfecto y finito; ni tampoco puede ser otro ser limitado. De manera que la idea de dios, contenida en la mente del sujeto, no procede de él mismo; únicamente puede tener como causa adecuada a un ser infinito, a saber, a dios⁹.

Si bien es cierto que la idea de sustancia está en mí por lo mismo que soy sustancia, no por ello, sin embargo, estaría la idea de sustancia infinita, siendo yo finito, si no procediera de alguna sustancia que en verdad sea infinita (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 46).

En segundo lugar, Descartes realiza otra reflexión que confirma los resultados de la primera parte del argumento: si la idea de un ser perfecto e infinito procede del sujeto, ¿este no se habría creado perfecto e infinito y no, por el contrario, imperfecto? Lo anterior significa que no puede ser cierto que el sujeto sea el creador de la idea de dios, pues de ser así, el sujeto se habría concedido a sí mismo todas las perfecciones y características que están contenidas en la idea de dios.

En tercer lugar, Descartes desarrolla la siguiente hipótesis: la existencia es parte constitutiva de la idea de dios, no es posible tener la idea de dios sin admitir al mismo tiempo su existencia. Dado que dios es una idea que representa a un ser perfecto, éste debe tener todas las perfecciones; si lo que existe es menos imperfecto que lo que no existe, entonces, dios debe existir realmente:

Sin embargo, a quien presta atención con mayor diligencia se le hace claro que la existencia no puede separarse de la esencia de Dios, más de lo que puede separarse de la esencia del triángulo la magnitud de sus tres ángulos que son iguales a dos rectos, o de la idea de monte la idea de valle: de modo que no es menos contradictorio pensar un Dios (esto es, un ente

⁹ Dios, en la obra de Descartes, es definido a partir de las siguientes características: eterno, infinito, omnisciente, omnipotente y creador de todas las cosas que hay en el mundo, incluyendo al sujeto.

soberanamente perfecto) al que le falte la existencia (esto es, al que le falte alguna perfección), que pensar un monte al que le falte el valle (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 53).

A partir de los anteriores argumentos, Descartes demuestra la existencia de dios. Reconoce que el efecto debe proceder de una cosa que tenga igual grado de realidad objetiva que el efecto mismo; en este sentido, el sujeto no puede ser la causa de la idea de dios porque es un ser finito e imperfecto. Prueba la existencia de dios, demostrando que no puede tener menos realidad la cosa que causa la idea que la misma idea. Así, Descartes encuentra una idea que está en el sujeto pero no procede de él, sino que está en el sujeto como una marca¹⁰, una idea única que tiene en sí misma la garantía de su existencia, a saber, la idea de dios.

Una vez Descartes ha demostrado la existencia de dios, puede tener certeza del mundo, pues de él provienen todas las cosas; es ahora que el mundo puede ser real. De esta manera, el sujeto cartesiano depende de otra cosa que lo completa y le da certeza del mundo exterior; su certidumbre del mundo es garantizada gracias a la existencia de un otro —dios— superior a él (es decir: definido a otra escala, como acabamos de ver). “Mientras dirijo la luz de mi mente hacia mí mismo, no sólo entiendo que soy una cosa incompleta y dependiente de otro, (...) sino que a la vez entiendo también que aquel de quien dependo tiene todas esas cosas mayores” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 52).

Con respecto a si este dios es engañador, Descartes dirá que todo fraude o engaño es un defecto; y, dado que dios es un ser perfecto, es imposible que él mienta o engañe.

Reconozco que no es posible que él me engañe alguna vez; porque en todo engaño o fraude se encuentra algo de imperfección; y, aunque poder engañar parezca un poco una demostración de inteligencia o de poder, no cabe duda de que querer engañar testifica malicia o debilidad, y que por lo tanto no le corresponde a Dios (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 54).

Pero, entonces, ¿cuál es el origen de nuestros errores? El error es producto de dos causas: por un lado, la facultad de conocer del sujeto; por otro lado, la facultad de elegir o voluntad del sujeto; así, el error se presenta porque la voluntad es más amplia que la facultad de conocer. La voluntad

¹⁰ “Y en verdad no hay por qué admirarse de que Dios, al crearme, me haya introducido esa idea, para que fuera como la marca del artífice impresa en su obra” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 52).

se extiende sobre cosas que no se pueden concebir con claridad y distinción; y, ya que la voluntad es más grande que el entendimiento, el sujeto llega a emitir juicios sobre cosas que no comprende claramente, lo que hace que elija, como verdadero, lo falso. Es precisamente en este inadecuado uso de la voluntad donde se encuentra el error:

¿De dónde nacen mis errores? Pues únicamente de que, como la voluntad es más amplia que el intelecto, no la contengo dentro de los mismos límites, sino que la extiendo también a las cosas que no entiendo; al ser indiferente a ellas, con facilidad se desvía de lo verdadero y de lo bueno, y así me equivoco y peco (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 59).

Aunque la facultad de conocer y la facultad de elegir fueron concedidas por dios, ninguna de ellas fue dada con el fin de inducir al sujeto al error. Así pues, es posible que el sujeto pueda equivocarse pero, de eso no puede deducirse que no exista nada verdadero.

De esta manera, a partir de la demostración de la existencia de dios y de rechazar la posibilidad de que dicho dios sea engañador, Descartes establece que el criterio de verdad y certeza del conocimiento y el mundo se funda en dios:

Y veo así abiertamente que la certeza y la verdad de toda ciencia dependen del solo conocimiento de Dios, hasta el punto de que, antes de conocerlo, no podía saber nada perfectamente de ninguna otra cosa. Pero ahora pueden serme conocidas y ciertas por completo innumerables cosas, tanto de Dios mismo y de otras cosas intelectuales (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 71).

Lo anterior trae consigo una relevante consecuencia. Descartes admite como verdadera la expresión *pienso, luego existo* por ser un conocimiento claro y distinto; pero ahora, desde la existencia de dios puede considerarse como verdaderas todo aquello que sea concebido clara y distintamente, “Por lo tanto me parece que se puede establecer ya como regla general que es verdadero todo aquello que percibo muy clara y distintamente” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 36).

Así, el sujeto no puede equivocarse cuando sigue las ideas claras y distintas, de lo cual puede deducirse que: se puede distinguir entre el sueño y la vigilia desde que las cosas se presentan con claridad y distinción; y, además, lo más importante, que las proposiciones matemáticas, las cuales participan de la claridad y distinción son verdaderas, pues ya no hay un genio maligno que

lo engañe. “Y en verdad, ya por lo menos sé que, en cuanto son objeto de la pura Matemática, pueden existir, puesto que las percibo clara y distintamente” (*Meditaciones*, AT, VII, Pág. 72).

En conclusión, desde la prueba de la existencia de dios y de que él no es engañador se deduce lo siguiente: en primer lugar, la existencia de dios garantiza poder avanzar hacia el conocimiento del mundo; y, en segundo lugar, una vez se establece que todo lo que se percibe con claridad y distinción es verdadero, se puede tener certeza de las proposiciones matemáticas.

1.4 La filosofía cartesiana y la ciencia moderna

Durante el desarrollo de las *Meditaciones*, Descartes halla dos certezas: en primer lugar, la certeza del sujeto pensante, la cual garantiza que la razón o pensamiento es el punto de partida del conocimiento; y en segundo lugar, la certeza de las proposiciones matemáticas, la cual evidencia que el modelo matemático es un método firme y seguro para cimentar conocimientos universales y ciertos. A partir de dichas certezas, Descartes dota a la ciencia moderna de un método que —según él— permite obtener conocimientos ciertos e indudables.

La primera certeza, la del sujeto pensante, le permite al filósofo francés deducir dos implicaciones significativas: por un lado, que el sujeto es la base sobre la cual se construye todo el saber racional; solamente cuando el sujeto hace uso adecuado de la razón o pensamiento puede distinguir lo verdadero de lo falso; en consecuencia, el sujeto cartesiano ya no es meramente contemplativo, sino que tiene la capacidad de conocer. Y, por otro lado, que la validez del conocimiento no depende de la experiencia sino de la razón. Solo las verdades que proceden de la razón tienen un valor indudable para el conocimiento, ya que, según Descartes, el conocimiento verdadero no se origina en la experiencia sino en el entendimiento. No obstante, no se propone negar la validez de la experiencia, sino que para él la razón está en mayor capacidad de conocer verdaderamente el mundo; así, la experiencia puede aportar conocimientos, siempre y cuando la razón los legitime.

De esta manera, Descartes logra instaurar una absoluta confianza en la razón del sujeto; y, además, consigue establecer que todo conocimiento que derive de la razón es verdadero. Así pues, la ciencia moderna se edifica sobre el concepto de sujeto cartesiano, pues éste se convierte en el garante de la verdad; y, otorga la posibilidad de construir un conocimiento universal y verdadero, en tanto provenga de la razón.

Ahora bien, la certeza de las proposiciones matemáticas le permite a Descartes encontrar un método para la ciencia, a saber: el modelo matemático, procedimiento racional que permite alcanzar conocimientos claros y evidentes¹¹. El filósofo francés tiene certeza de que a través del método matemático puede obtener conocimientos ciertos e indudables, pues considera que los conocimientos matemáticos son verdaderos, gracias a la efectividad del método empleado para conseguirlos, pues no son verdaderos por estructura, sino que —según él— es su método el que permite obtener resultados válidos.

Así, no limita el estudio de la ciencia al conocimiento matemático, sino que lo toma como punto de partida para cualquier otro tipo de conocimiento; para acceder a la verdad, se deben buscar conocimientos tan ciertos como aquellos que derivan de las demostraciones matemáticas. Así, el método que otorga Descartes a la ciencia moderna para obtener conocimientos ciertos, debe elaborarse de acuerdo con el método utilizado por los matemáticos en sus investigaciones¹². Entonces, la ciencia moderna puede confiar en los conocimientos contruidos racionalmente, en el conocimiento proveniente del método matemático.

En este sentido, Descartes nos ofrece un conocimiento y una comprensión de la naturaleza en términos matemáticos. La matematización es una característica que, desde entonces, ha impregnado casi todos los terrenos de la ciencia, pues la formalización es el horizonte hacia el que tiende el conocimiento científico. La ciencia moderna pretende universalizar (las cosas singulares se tienen en cuenta en la medida en que forman parte de conjuntos), a partir de la formulación de leyes como las de la matemática.

En definitiva, el sujeto cartesiano constituye un fundamento esencial para la ciencia moderna, pues es el garante de la verdad y posibilita la construcción de un conocimiento racional y universal. El sujeto sólo necesita emplear de manera efectiva el método que se desarrolla por vía de la razón, el método matemático, el cual es la base para el pensar científico; es el método al que la ciencia moderna debe acudir como modelo de todo razonamiento universal y verdadero.

¹¹ Justamente, la certeza en el método matemático obedece al hecho de que éste es un conocimiento contruido a partir de la razón.

¹² Las características del método y su exposición detallada se encuentra en el *Discurso del método*, el cual no será abordado aquí, pues dejaría de lado el objetivo de mi trabajo monográfico.

2. Consideraciones sobre el concepto de sujeto cartesiano

En lo siguiente, se pretende explicar la noción de sujeto en Freud a partir de algunas consideraciones sobre el concepto de sujeto cartesiano. Para llevar a cabo tal propósito, este capítulo se dividirá en dos partes. En la primera, realizaré una crítica a una dimensión del sujeto cartesiano, tomando como punto de referencia el concepto de lo inconsciente. En la segunda parte, demostraré que otra dimensión del sujeto cartesiano es, sin embargo, condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente; y, conjuntamente, haré algunas apreciaciones sobre la idea de dios en la filosofía cartesiana y en la ciencia moderna.

2.1 Crítica al concepto de sujeto cartesiano

El pensamiento del sujeto cartesiano opera bajo la condición de ser consciente. Sin embargo, no es difícil pensar en situaciones, incluso cotidianas, en las que el sujeto no opera de manera consciente; por ejemplo, cuando nos equivocamos: conscientemente, queríamos decir algo pero, en efecto, dijimos otra cosa... ¿quién obró? ¿El sujeto de la conciencia?, ¿el sujeto de la razón?... si le preguntamos, da testimonio de otra cosa. El sujeto de la equivocación existe sin ser necesariamente consciente. El sujeto de la razón más bien se sorprende de esas emergencias, pues existen contenidos psíquicos de los cuales él no tiene conciencia, es decir, un conocimiento inmediato o directo del cual pueda dar cuenta.

Lo anterior es quizás una de las más conocidas objeciones al sujeto cartesiano. Justamente, realizada por Freud en uno de los *Ensayos sobre metapsicología*, el relativo a lo inconsciente. Allí Freud consideró que la conciencia no podía captar la totalidad de los contenidos psíquicos; y, postuló la hipótesis de que existe necesariamente otra instancia del sujeto, a la que llamó *inconsciente*. La suposición de dicha instancia psíquica obedece a tres aspectos.

En primer lugar, “porque los datos de la conciencia son en alto grado lagunosos” (Freud, 1915, pág. 163). En segundo lugar, porque existen contenidos psíquicos que no pueden ser entendidos a través de la conciencia; todos tenemos la experiencia de contenidos cuyo origen es desconocido por la conciencia y *pensamientos cuyo trámite se nos oculta* (ideas que se nos formulan, pero de las cuales desconocemos el procedimiento que las hizo posibles). En tercer lugar, porque la conciencia no puede abarcar todos los contenidos psíquicos: solo puede ocuparse de una pequeña parte de ellos (es el caso de los contenidos psíquicos guardados en la memoria, que no puede ser

actualizados todos a la vez en la conciencia); de este modo, la mayor parte de los conocimientos conscientes “tiene que encontrarse en cada caso, y por los periodos más prolongados en un estado de latencia; vale decir: en un estado de inconsciencia psíquica” (Freud, 1915, pág. 163).

De esta manera, Freud demostró que la conciencia no podía dar cuenta de todos los contenidos psíquicos del sujeto, pues existen cosas de las que el sujeto no puede ser consciente, contenidos psíquicos que carecen de conciencia (las cosas que olvidamos, el sentido de los sueños, las operaciones fallidas, la razón de los síntomas psíquicos, etc.), Así, “no es más que una *presunción insostenible* exigir que todo cuanto sucede en el interior de lo anímico tenga que hacerse notorio también para la conciencia” (Freud, 1915, pág. 163). Por lo tanto, el concepto de lo inconsciente es necesario porque —según Freud— permite dotar de sentido y coherencia cosas que antes no los tenían pues, sin dicho concepto, gran parte de la actividad psíquica del sujeto resultaría incomprensible y oscura.

Sueños, lapsus, chistes y operaciones fallidas fueron mejor comprendidos cuando se les consideró como manifestaciones de lo inconsciente. “Estos actos (...) quedarían inconexos e incomprensibles si nos empeñásemos en sostener que la conciencia por fuerza ha de enterarse de todo cuanto sucede en nosotros en materia de actos anímicos, y en cambio se insertan dentro de una conexión discernible si interpolamos los actos inconscientes inferidos” (Freud, 1915, pág. 163).

La práctica clínica de Freud permitió ver que los contenidos inconscientes son susceptibles de manifestarse. Tanto en personas “sanas” (sueños y operaciones fallidas) como en personas “afectadas” (síntomas psíquicos e inhibiciones), lo inconsciente exterioriza sus efectos; la única diferencia es que a dichos efectos les falta conciencia. En este sentido, los contenidos inconscientes hablan¹³ sin ser conscientes.

Lo anterior permite deducir: por un lado, que el sujeto cartesiano habla sin que pueda ser consciente de la totalidad de los pensamientos producidos en el instante en que piensa; y, por otro lado, que la conciencia y la razón no son siempre un elemento primordial y constitutivo de lo que ocurre —por decirlo así— en la cabeza del sujeto. Así pues, el sujeto, a partir de Freud,

¹³ Freud demostró que lo inconsciente habla de muchas formas: en el sueño, en la neurosis, en el síntoma, etc. Precisamente, la función del psicoanálisis es descifrar dicho lenguaje.

deja de ser el sujeto expuesto por la teoría cartesiana, a saber: el sujeto consciente de la totalidad de los pensamientos que se producían en él.

Ahora bien, mientras Descartes consideró un sujeto puramente racional (consciente de sí, de su realidad externa y capaz de conocer la totalidad de los procesos psíquicos), Freud dirá que el sujeto no puede tener certeza absoluta en la razón y la conciencia, pues está sometido al inconsciente (algo que determina cosas en él, pero de las cuales él no es consciente), ya que al sujeto se le escapa la verdad de su propia historia¹⁴.

Descartes dudó de la validez de las cosas (sentidos, cuerpo, realidad e, incluso, las verdades matemáticas), empero, Freud dudó de la conciencia como totalidad del sujeto. A partir de Freud, la conciencia se convierte en un asunto dudoso, pues deja de ser el único lugar desde el cual obtiene sentido el sujeto.

Deponer el lugar de la conciencia es una más de las “heridas narcisistas” de las que habla Freud. Él manifiesta que el narcisismo universal, ha recibido tres grandes afrentas. Primero, *la cosmológica*:

El hombre creyó primero, en los comienzos de su investigación, que su morada, la Tierra, se encontraba en reposo en el centro del universo, mientras que el Sol, la Luna y los planetas se movían en torno de aquella (...) Ahora bien, la posición central de la tierra era para él una garantía de su papel dominante en el universo y le parecía que armonizaba bien con su inclinación de sentirse el amo de este mundo. Asociamos el aniquilamiento de esta ilusión narcisista con el nombre y la obra de Nicolás Copérnico (Freud, 1917, pág. 131).

Segundo, la afrenta *biológica*:

En el curso de su desarrollo cultural, el hombre se erigió en el amo de sus semejantes animales (...) Todos sabemos que fueron los estudios de Charles Darwin, de sus colaboradores y precursores, los que hace poco más de medio siglo pusieron término a esa arrogancia. El hombre no es nada diverso del animal, no es mejor que él; ha surgido del reino animal y es pariente próximo de algunas especies (Freud, 1917, pág. 132).

¹⁴ Por tal motivo, el objeto del psicoanálisis es producir las condiciones para que el sujeto reconozca aquello que no sabe de su historia (aquella verdad que se le escapa), a través del desciframiento de su inconsciente.

La tercera y última afrenta es la *psicológica*, precisamente elaborada por el psicoanálisis. Freud supuso que existían procesos anímicos inconscientes, que solo se podían conocer a través de una versión incompleta e incierta; y, de esta forma, puso en duda el poder de la conciencia, pues ella dejó de ser una instancia psíquica capaz de anunciar al sujeto todos los procesos significativos que se desarrollan en él.

Confías en estar enterado de todo lo importante que ocurre en tu alma porque tu conciencia te lo anuncia luego. Y cuando de algo no has tenido noticia en tu alma, supones tranquilamente que no está contenido en ella. Y aun llegas tan lejos que consideras “anímico” idéntico a “conciente”, es decir, a lo que te es notorio, pese a las evidéntísimas pruebas de que en tu vida anímica tiene que ocurrir de continuo algo más que lo que pueda devenirle notorio a la conciencia. (...) lo anímico en ti no coincide con lo conciente para ti; que algo ocurra en tu alma y que además te enteres de ello no son dos cosas idénticas (...) en todos los casos esas noticias de tu conciencia son incompletas y a menudo sospechosas; también sucede hartas veces que sólo llegas a conocer los acontecimientos cuando ya se consumaron y no los puedes cambiar (...) El yo se siente incómodo, tropieza con límites a su poder en su propia casa, el alma. De pronto afloran pensamientos que no se sabe de dónde vienen; tampoco se puede hacer nada para expulsarlos (Freud, 1917, pág. 132).

De este modo, aquello que el sujeto consideraba más propio, la conciencia, ya no es el núcleo del sujeto, pues ella ha sido desplazada por un otro —lo inconsciente—, un instancia psíquica que habla y estructura parte de los contenidos anímicos del sujeto; allí donde la razón tropieza, donde el sujeto cartesiano se equivoca, donde el discurso consciente se ve interrumpido... es donde lo inconsciente habla. En este sentido, lo que Freud nos dice es que *el sujeto no es el amo de su propia casa*, que el sujeto es un desconocido para sí mismo, al menos parcialmente, pues aquello que era considerado lo más esencial —la conciencia—, pasa a ser equívoca, toda vez que es la manifestación superficial de un trámite que se le escapa¹⁵.

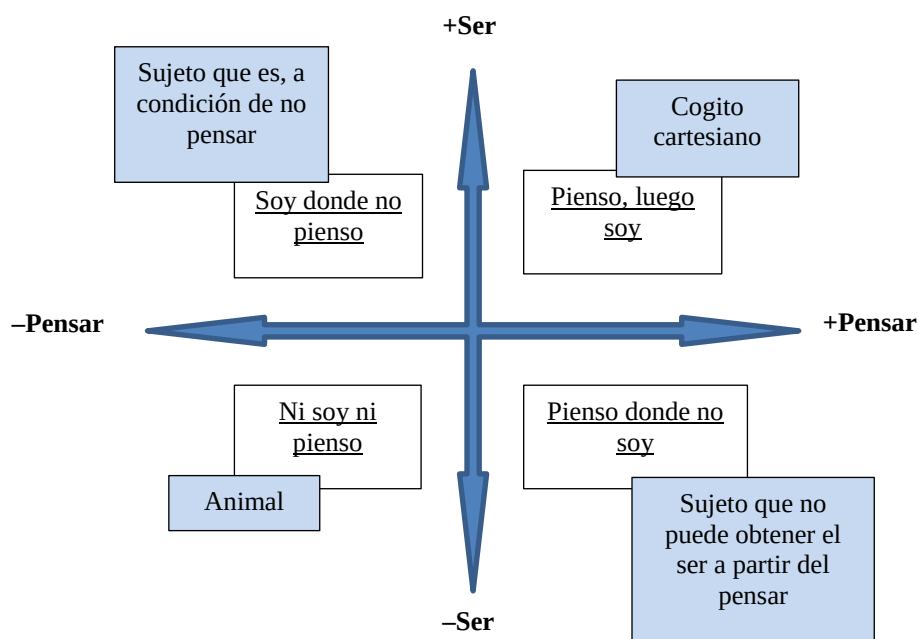
Así, ya no podemos asignarle a la conciencia un papel fundamental para el sujeto, puesto que él está atravesado —según Freud— por dos instancias: lo consciente y lo inconsciente, ya que los contenidos psíquicos pasan por estos dos sistemas.

¹⁵ La conciencia no puede dar cuenta de la totalidad de los contenidos psíquicos. A veces se manifiestan estados de los cuales ella no puede dar razón; y, asimismo, en ocasiones ella solo puede expresar una pequeña parte de lo que realmente ocurre en el sujeto. Por ejemplo: en el síntoma, el malestar es consciente para el sujeto, pero él desconoce las verdaderas razones de su malestar.

Un acto psíquico en general atraviesa por dos fases de estado, entre las cuales opera como selector una suerte de examen (*censura*). En la primera fase él es inconsciente y pertenece al sistema *Icc*; si a raíz del examen es rechazado por la censura, se le deniega el paso a la segunda fase; entonces se llama «reprimido» y tiene que permanecer inconsciente. Pero si sale airoso de este examen entra en la segunda fase y pasa a pertenecer al segundo sistema, que llamaremos sistema consciente *Cc* (Freud, 1914, pág. 163).

De esta manera, el sujeto freudiano se mueve entre lo consciente y lo inconsciente, y es la censura la que determina qué lugar ocupará cada estado psíquico¹⁶. En consecuencia, el sujeto cartesiano ha quedado dividido entre lo que puede saber de sí desde la conciencia y, lo que está “oculto”, en lo inconsciente. Por esto, para el psicoanálisis, el estudio de lo inconsciente es imprescindible, ya que sus contenidos tienen algo que decir sobre el sujeto, pues aunque ellos permanecen desconocidos, en principio, determinan algunos de sus estados psíquicos.

Ahora bien, el sistema psíquico inconsciente, empieza a ser, con el psicoanálisis, una voz más cercana a lo que es el sujeto. De este modo, Freud produce *una subversión del sujeto cartesiano*, pues frente a la locución cartesiana *pienso, luego existo*, el psicoanálisis abre un campo de más posibilidades: *pienso donde no soy, soy donde no pienso*, como se ve en el siguiente esquema:



¹⁶ Lo anterior será explicado con mayor detalle en el tercer capítulo del presente trabajo.

Con la introducción del concepto de lo inconsciente, la cuestión del sujeto empieza a ser más vasta de lo que se pensaba en los albores de la filosofía moderna cartesiana. A partir del anterior esquema podemos entender que Freud subvierte el sujeto cartesiano. Descartes se había ocupado de una pequeña parte (“pienso, luego soy”, cuadrante superior-derecho) de lo que Freud viene a decirnos que es el sujeto.

Con respecto a la expresión “pienso donde no soy” (cuadrante inferior derecho), se pueden citar como ejemplo los procesos pretendidamente universales sobre los cuales opera la ciencia, pues de allí no resulta la especificidad del sujeto. Las expresiones como $2+3=5$ no son acompañadas de ningún sujeto, pues aunque ocurre un pensamiento lógico matemático, el sujeto está hablando desde un discurso que no lo representa; y, que además, parece funcionar a la perfección sin él.

En cuanto al cogito cartesiano, ya hemos visto que Freud critica dicha expresión. Él tiene certeza de que lo inconsciente habla por sí solo, apartado de todo pensamiento; y que, aun así, determina estados psíquicos del sujeto. Como lo muestra una de sus manifestaciones, a saber, el sueño; allí no se presenta ningún “yo pienso”, pues es un proceso que sucede sin que haya pensamiento consciente del sujeto; sin embargo, todo sueño se produce por alguna razón (realización disfrazada de un deseo reprimido); por lo cual, a través del sueño el sujeto se expresa, aunque su pensamiento consciente no esté allí presente.

Por tal motivo, para el psicoanálisis el sujeto se juega más bajo la locución “soy donde no pienso”. El sujeto *es* allí donde su pensamiento consciente no está presente; por ejemplo: en la angustia, un estado del cual el sujeto no puede dar razón, él no sabe por qué se angustia; no halla una forma de entenderla o hacerla desaparecer, pues no puede pensar ni hablar sobre su angustia; empero, esta sigue siendo algo que lo hace ser y padecer. Así, el sujeto —según Freud— se encuentra allí donde (para el ejemplo citado) está angustiado y solo se halla parcialmente en su pensamiento consciente.

En definitiva, el psicoanálisis inaugura un nuevo sujeto al reconocer lo inconsciente como una parte del sistema psíquico que habla sobre el sujeto, que tiene efectos en su conducta, y que también define su ser, sin operar sobre la base de la razón y la conciencia. Esto en contraposición con las siguientes ideas cartesianas:

- a) la transparencia del pensamiento frente a la conciencia;

- b) la supremacía de la razón en el sujeto (la sobreestimación del papel de la conciencia);
- c) la suposición de que sólo donde el sujeto piensa conscientemente es o existe.

2.1.1 Lo inconsciente

Ya vimos que la postulación de lo inconsciente es una crítica al sujeto cartesiano, al sujeto consciente. No obstante, aún no comprendemos cómo es el sistema psíquico inconsciente. A continuación voy a responder brevemente este interrogante.

En su texto sobre *Lo inconsciente*, Freud sostuvo cuestiones centrales sobre dicho concepto:

- En primer lugar, postuló el mecanismo de la *represión*¹⁷ como el censor que decide cuáles contenidos pueden pasar al orden de lo consciente y cuáles se quedan en el sistema inconsciente, en tanto reprimidos.
- En segundo lugar, detalló las características más relevantes de la instancia psíquica inconsciente, las cuales son: A.- sus contenidos son representantes de las pulsiones¹⁸. B.- Sus contenidos buscan acceder a la conciencia y llevar a cabo acciones que satisfagan las pulsiones inconscientes; sin embargo, llevar a cabo dichas acciones no es sencillo, ya que existe una fuerza que les impide llegar a ser conscientes; tal fuerza, no es otra que la resistencia que ejerce el sujeto¹⁹. C.- Los deseos infantiles reprimidos experimentan una mayor fijación en lo inconsciente, pues son deseos moralmente inaceptables: la sociedad les impone una prohibición, ya que satisfacerlos perjudicaría el vínculo social.
- En tercer lugar, Freud enumeró las propiedades de los contenidos inconscientes, que son las siguientes:
 - o *Ausencia de contradicción*: Freud dice (1915, Pág. 183) que las mociones pulsionales se coordinan entre sí, y que subsisten sin influirse, sin contradecirse, al punto que dos mociones de deseo inconciliables, no se cancelan recíprocamente, sino que confluyen en una formación de compromiso. En consecuencia, los contenidos inconscientes no obedecen a la relación lógica consciente de no-contradicción, no se presentan como

¹⁷ Este concepto será explicado con mayor detalle en el capítulo 3.1 del presente trabajo.

¹⁸ El concepto de pulsión y su importancia en lo inconsciente será abordado en el capítulo 3.4 del presente trabajo.

¹⁹ El sujeto se resiste a volver consciente un proceso anímico inconsciente, porque “si devinieran conscientes, contrastarían de la manera más llamativa con los otros procesos conscientes” (Freud, 1915, Pág. 168).

ideas claras ni distintas, sino que son contenidos que no se enlazan coherentemente unos con otros pero, que tienen un sentido a pesar de su discordancia.

- o *Carácter atemporal*: los procesos del sistema inconsciente “no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trascurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él” (Freud, 1915, Pág. 184). Dichos contenidos no se organizan en función del tiempo (contrario a los contenidos de la conciencia), no indican cambios, ni trascurros de periodos entre ellos, ni tampoco están ordenados en sucesos secuenciales que establezcan un orden cronológico: presente, pasado o futuro.
- o *Sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica*: el principio de placer rige lo inconsciente; el rumbo de sus contenidos depende de la regulación del placer y del displacer, “Están sometidos al principio de placer; su destino sólo depende de la fuerza que poseen y de que cumplan los requisitos de regulación de placer-displacer” (Freud, 1915, Pág. 184). Mientras que la conciencia se relaciona con la realidad exterior, con las percepciones que obtiene del mundo externo, lo inconsciente no toma en cuenta la existencia de la realidad externa.

De este modo, se puede definir lo inconsciente como una instancia del sistema psíquico que contiene representaciones que comparten la propiedad de haber sido reprimidas, las cuales no se relacionan en función del tiempo, ni de la razón, ni de la realidad exterior, sino que sus contenidos están relacionados en función de la realidad psíquica de cada sujeto. Así pues, lo inconsciente, es un lugar del aparato psíquico donde el sujeto atesora cosas de las que él no sabe y, por lo tanto, cree que no debe hacerse cargo: las pulsiones que no puede llevar a cabo, esos deseos que no puede expresar, porque él porta la prohibición que ha impuesto la sociedad.

Ahora bien, lo inconsciente se revela por medio de formaciones; es por ellas que el sujeto puede enterarse de algunos de sus contenidos reprimidos. Ya sea como síntoma, sueño, acto fallido, o chiste, lo inconsciente se manifiesta. Lo anterior implica que la represión no es completamente efectiva; lo que esta expulsa hacia lo inconsciente no es destruido ni aniquilado, sino que sigue allí, buscando una forma de obtener satisfacción. Por tal razón, lo inconsciente tiene plena efectividad psíquica, pues lo reprimido está siempre activo he intentado satisfacerse a través de producciones sustitutivas: las formaciones de lo inconsciente, las cuales tienen —para el psicoanálisis— un sentido, un significado o propósito, en tanto están atadas a un deseo o pulsión

inconsciente del sujeto; así, lo inconsciente revela particularidades del sujeto, pues cuando él sueña²⁰, olvida o se equivoca²¹, expresa algo sobre su verdad.

En este sentido, para Freud lo inconsciente tiene participación activa y latente en la psiquis del sujeto, de la cual él no puede desprenderse; ya que es algo que lo constituye como sujeto y lo define dentro de una singularidad y un lenguaje que lo significa. Ahora, lo inconsciente es algo no sabido, algo de lo cual el sujeto consciente no tiene conocimiento, pues las formaciones de lo inconsciente no son construcciones claras ni evidentes, sino que surgen por sorpresa y sobrepasan al sujeto que piensa conscientemente.

Así, podría decirse que el sujeto conoce muy poco de sí mismo, ya que lo consciente se muestra como su única verdad, mientras que lo inconsciente permanece desconocido. Sin embargo, Freud descubrió la existencia de un camino para acceder al conocimiento de lo inconsciente, a saber, la práctica psicoanalítica. A través de la interpretación de las formaciones de lo inconsciente, el psicoanalista puede obtener una comprensión de lo inconsciente. “Lo conocemos sólo como consciente luego de que ha experimentado una transposición o traducción a lo consciente. El trabajo psicoanalítico nos brinda pruebas de que dicha traducción es posible. Para ello se requiere que el analizado venza ciertas resistencias, las mismas que algún momento convirtieron a eso reprimido por rechazo de lo inconsciente” (Freud, 1915, pág. 161).

Aunque, Freud construyó toda una teoría sobre cómo acceder al sistema psíquico inconsciente, podríamos decir que, en principio, el sujeto mismo esgrime las resistencias para conocer lo inconsciente, pues él “no quiere saber” de ello. Sobrepasado por las formaciones del inconsciente, el sujeto puede preguntarse por su lugar ahí, como en el caso del síntoma; el sujeto experimenta una serie de sentimientos incómodos y un malestar, que no puede aprehender de manera precisa, ni tampoco dar razón de aquello que le sucede. Comúnmente, el sujeto retorna a lo lógica consciente o demanda a otro por una explicación de lo que para él es un enigma... y, generalmente, el otro también responde en la lógica consciente: “tranquilo, que eso le pasa a todos”. Pocas veces esta demanda se dirige a alguien que puede sostener la pregunta del sujeto

²⁰ “El psicoanálisis eleva al sueño a la condición de un acto psíquico que posee sentido, propósito y un puesto dentro de la vida anímica del individuo” (Freud, 1913, pág. 173).

²¹ “Las operaciones fallidas son fenómenos psíquicos de pleno derecho y en todos los casos poseen sentido. Sirven a determinados propósitos que a consecuencia de la situación psicológica imperante en cada caso no pueden expresarse de otro modo” (Freud, 1913, pág. 171).

por su propio inconsciente, en la medida en que se siente concernido; la terapia psicoanalítica, en cambio, apunta a vencer la resistencia, a sostener la pregunta, a que el sujeto asuma su responsabilidad (pero, claro, siempre resulta más fácil culpar a otro u obtener explicaciones del tipo: “es normal” o “tomate este medicamento”).

Así pues, lo inconsciente es un capítulo de la historia del sujeto que él no conoce²², pero de lo cual tiene noticia; y, que además, está censurado, pues aquello que subsiste en lo inconsciente son deseos y pulsiones del sujeto reprimidos, de los cuales no puede hacerse cargo porque son restringidos, fundamentalmente porque son socialmente inadmisibles.

De esta manera, Freud rompe con la tradición cartesiana, pues asegura: lo inconsciente, anda atado a la represión y no se puede conocer (al menos parcialmente). Lo anterior implica que, por un lado, el sujeto es resultado de la represión, es fruto de coerción (mientras que los animales son libres); por otro lado, que el sujeto nunca acaba de conocerse a sí mismo, pues el saber sobre el sujeto va más allá de la razón, es un saber sobre lo inconsciente, algo desconocido pero que, aun así, hace movilizar y padecer al sujeto.

A manera de conclusión, es importante señalar que el concepto de lo inconsciente revolucionó la manera de concebir al sujeto desde dos aspectos. En primer lugar, el sujeto de lo inconsciente es producto de la represión (no de la razón), parte de su verdad es lo que está reprimido y en estado inconsciente. En segundo lugar, el sujeto es hasta cierto punto un desconocido para sí mismo (no es consciente de la totalidad de su vida psíquica) pues lo que hay en la conciencia no es más que una porción de la verdad del sujeto.

2.2 El sujeto cartesiano como condición de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente

El sujeto que inaugura la filosofía cartesiana es el sujeto consciente; sin embargo, el proceso que Descartes llevó a cabo durante las *Meditaciones*, a saber, la duda metódica, es condición de posibilidad para el sujeto del inconsciente. El *cogito* cartesiano exhibe dos elementos fundamentales para el surgimiento del sujeto en psicoanálisis. En “pienso, luego existo” se puede afirmar que el sujeto se vuelve como un cascarón sin contenido: pienso —no importa qué—, luego existo. El sujeto que resulta del *cogito* es puro pensamiento, no tiene representaciones y

²² El psicoanálisis es una de las pocas formas de conocer lo inconsciente; pero, como expliqué con anterioridad, en tanto el sujeto se resiste a saber sobre su inconsciente, este puede definirse en un primer momento como algo desconocido para el sujeto o, si se quiere, como algo de lo que no “quiere” saber.

está vacío de ser; pues no posee atributos (particularidades, algo que lo identifique), sino que es cada vez que piensa pero, vaciado de todo contenido. “El vaciado de la esfera psíquica, el vaciado del universo de las representaciones, el vaciamiento de todo lo que es imaginario. El *cogito* en su identidad sólo surge como el residuo ineliminable de esta operación de vaciamiento” (Miller, 1986, pág. 53).

Así, el *cogito* cartesiano implica únicamente la actividad de pensar; pensamiento que no involucra nada que pueda representar el *ser* del sujeto. Se puede explicar de la siguiente forma: “yo pienso, yo soy” pero, ¿qué soy?; “yo pienso que pienso que soy”. De este modo, el *cogito* establece un sujeto sin representación alguna de sí mismo, pues el *ser* del sujeto corresponde con un pensamiento totalmente vacío. En este sentido, Descartes supone un sujeto de la certeza que es puro pensamiento; y, por lo tanto, un sujeto vacío, ya que dicho pensamiento no define nada acerca del *ser* del sujeto.

Lo anterior le permitió al psicoanálisis comprender dos cuestiones importantes. Por un lado, que el sujeto no obtiene su ser con el pensar (“de pensar soy”); a partir del *cogito* cartesiano, el psicoanálisis reconoce que del pensamiento consciente no resulta el ser del sujeto, sino que postula la hipótesis de un inconsciente, lo que implica que posiblemente el sujeto es allí donde no piensa (“donde no pienso, soy”).

Por otro lado, cuando el psicoanálisis se tropezó con el sujeto vacío (consecuencia del *cogito* cartesiano) pudo comprender que el sujeto era producto del lenguaje (constituido por una cadena de significantes; por eso, el solo pensamiento no dice nada del sujeto); así, dicho vaciamiento debía ser —según el psicoanálisis— la naturaleza del sujeto, pues el sujeto depende del significante, el cual es pura forma (Saussure)²³, es decir, no tiene un sentido en sí mismo, sino que el sentido se le otorga al significante mediante una elucubración posterior del hablante; por lo cual, el sujeto no encuentra un significante que lo represente en su totalidad, dado que los significantes no poseen sentido en sí mismos, sino se remiten unos a otros de manera constante (y esperan la elucubración de sentido). De esta manera, Descartes encuentra en su primera certeza, el sujeto de lo inconsciente, aquel que es en sí mismo vacío porque está atravesado por el lenguaje; y, que no tiene una forma precisa de identificar y definir su *ser*.

²³ Saussure, Ferdinand de (1916). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza, 1987.

Ahora, al inicio de las *Meditaciones*, Descartes declara el propósito de subvertir sus ideas y opiniones, al menos con la pretensión de ubicarse “por fuera de sí” para socavar esa certeza de ese otro que es él, para socavarse; debe desagregarse momentáneamente del otro, debe desechar todos los principios en que se apoyaba todo lo que antes creía.

Después de emplear el anterior procedimiento —la duda metódica—, el filósofo francés deja un sujeto vacío, inconsistente; un sujeto que no tiene un significante con el cual identificarse. Puesto que ha sido puesto en duda todo lo simbólico y todo lo imaginario: los sentidos, el cuerpo, la realidad y los objetos matemáticos. Este sujeto vacío, aquel que se ha desprendido de toda identificación, es el sujeto sobre el cual opera el psicoanálisis. Justamente, Jaques Lacan señala la imposibilidad de la práctica psicoanalítica en casos donde aún hay identificación con algún saber; como por ejemplo, el saber tradicional islámico, allí existe todavía un saber acerca del sentido de la existencia, un conocimiento sobre qué es ser hombre; mientras que el sujeto de lo inconsciente (como el de la duda metódica) es uno que no tiene un saber sobre el cual anudarse.

De esta manera, de entrada, Descartes presupone un sujeto vacío y dividido (la posibilidad de salirse de sí y predicar, desde afuera, sobre sí mismo), que luego quiere volver a reunir y llenar de contenido. Por su parte, el psicoanálisis encuentra en su clínica que ese punto de partida de Descartes no podrá diluirse al final: el sujeto no podrá volverse a unir (nunca estuvo unido), ni llenarse de contenido (nunca lo tuvo), pues la certeza no unifica al sujeto, le es externa, incompatible con su especificidad. Precisamente, el sujeto que propone el psicoanálisis es un sujeto en falta; por lo cual, es imposible que otro lo una y dote completamente de contenido, pues la falta lo determina. Lo prueban su inconsistencia, los actos fallidos, el síntoma... Y el sentido, que le llega todo el tiempo, no suple su falta.

La idea de que la certeza unifica al sujeto presupone ya que el sujeto está dividido, bien por alguna contingencia, o bien como recurso metodológico²⁴. En el primer caso, es algo externo que no corresponde con su especificidad; en el segundo, ni siquiera sería un rasgo pasajero, pues se trata de una jugada intelectual. Sin embargo, el procedimiento de Descartes, en realidad, no le da consistencia al sujeto más que por el paso a través de un Otro (con mayúscula) supuestamente consistente: el dios que no engaña.

²⁴ En las *Meditaciones*, Descartes emplea la duda metódica. Pero la división que establece con ella no es solo un recurso metodológico, sino que es algo determinante para el sujeto de lo inconsciente.

Es decir, cuando el sujeto piensa de manera racional y con certeza, en realidad es a partir del Otro... recordemos que no está allí donde piensa. Cuando piensa, está en el tránsito entre él y el Otro. Es el caso de los procesos universales sobre los cuales opera la ciencia, pues de allí no resulta la especificidad del sujeto: procedimientos como $2 + 2 = 4$ o $E=mc^2$ no los firma un sujeto (los puede hacer cualquiera que domine la disciplina), pues son una apuesta hecha desde una gramática general, es una consistencia dada desde el Otro, es un saber que opera independiente del sujeto. De tal manera, Descartes no unifica lo que supuestamente dividió por necesidad metodológica, pues deja definido al sujeto en la medida en que hace lazo con el Otro, el referente absoluto, aquel sobre el cual no estamos llamados a creer que hay un engaño.

El sujeto que produce enunciados en realidad está al servicio de una gramática. Es comprensible para los demás (“piensa”) en la medida en que usa un código, una gramática que le pertenece a muchos. Así las cosas, habría que decir, más bien, *El Otro habla, luego (creo que) existo*. El sujeto queda definido por su inconsistencia, por una consistencia ¿lograda? mediante el paso por el Otro. Al sujeto se lo encuentra en el *entre*. No se lo puede definir en sí mismo, sino en función del Otro.

Ahora bien, ¿es consistente el Otro? Al buscar la certeza, Descartes pasa por considerar la inconsistencia del Otro: un dios engañoso (podríamos decir: deseante, algo le falta y, tal vez por eso, engaña). Pues bien, un dios de esa naturaleza sería un Otro, claro está (no en vano se lo llama dios), pero un Otro en falta, inconsistente. Descartes, al final, tratará de restituir la falta del Otro y se quedará con un Otro aparentemente consistente, que no es más que una invención suya para tener desde dónde proferir. Pero eso no es más que una suposición de quien “se sabe” definido —sin saberlo— gracias a una relación. Tenemos, entonces, el Otro inconsistente que imagina momentáneamente Descartes (un dios que desea algo, propiedad que explicaría, por ejemplo, la necesidad de crear el mundo) y el Otro de la certeza que necesita para poder proferir. Verdad y falsedad de las argumentaciones (asunto sobre el que quiere tener certeza), reposarían sobre la Verdad (con mayúscula) de ese supuesto Otro consistente.

$$\frac{v/f}{V}$$

Lo que Descartes rechaza al final, el psicoanálisis lo retiene: tanto el sujeto como el Otro son inconsistentes y, por lo tanto, no hay certeza, sino más bien “ilusión de certeza”. Y lo que

Descartes afirma al final (sujeto y Otro son consistentes: hay certeza), el psicoanálisis lo retiene también para caracterizar dos suposiciones: la del 'yo' (que será entendido como un paradigma de desconocimiento) y la del lugar que sirve como referente (el padre, el código de la lengua, la gramática de la ciencia... que son convencionales).

Así pues, el *cogito* cartesiano establece parte de lo que es el sujeto de lo inconsciente, a saber, aquel que no encuentra la consistencia desde el campo del Otro, porque el Otro no es consistente, pues si su gramática funcionara, si hubiera garantía, no habría queja, no habría síntoma (y no habría ni psicoanálisis, ni búsqueda de certeza). Asimismo, el filósofo francés, en la primera parte de las *Meditaciones*, establece las condiciones para el sujeto del psicoanálisis, pues atraviesa el sujeto de lo inconsciente: aquel sujeto dividido, vacío, proporcionando la posibilidad de dudar sobre la especificidad del sujeto. Igualmente, Descartes logra fundar la diferencia fundamental para el psicoanálisis, a saber, la división entre lo universal del pensamiento (pensar) y lo particular del sujeto (ser), demostrando que ser y pensar no se identifican.

Ahora bien, el discurso de la ciencia moderna, que inaugura Descartes, instauro la posibilidad de un saber sin sujeto, pues el saber se encuentra liberado del sujeto que lo produce (los pensamientos, sentimientos o representaciones de un sujeto no inciden sobre el saber). En otras palabras, el saber producto de la ciencia es un saber independiente del sujeto; aunque la posibilidad de producir saber depende de la vitalidad de ciertas personas, no es en calidad de sus rasgos particulares que ese saber se produce, sino en función de la gramática de la disciplina. De ahí que, si hay producción de saber, el sujeto desaparezca, mientras que si hay error, todos están prestos a señalar al sujeto. Las motivaciones subjetivas explican la dedicación a la producción de saber, pero la especificidad de éste sólo se acuerda con la mencionada gramática, delante de otros que también la manejan y están listos a señalar el error, es decir, la irrupción del sujeto.

Así, la ciencia moderna no necesita del sujeto para construir conocimiento, pues solo le interesan los sistemas lógicos y todo aquello que sea aprehensible y que pueda ser formalizado en las leyes propias de la ciencia. De este modo, la ciencia no quiere saber nada acerca de la verdad del sujeto, que parece estar más atada a la contingencia y traería, en consecuencia, "desorden". En la medida en que quiere dar cuenta de la necesidad, el discurso de la ciencia excluye al sujeto (contingencia). Aquello del sujeto que responde a leyes matemáticas, físicas, lógicas... tiene un

lugar en ese discurso (válido para todos). Pero, justamente, la verdad del sujeto hace excepción a tales leyes (válido solamente para cada uno).

En su intento de crear leyes o sistemas universales sobre sus objetos de investigación, la ciencia intenta definir al sujeto, pero todo aquello que pueda generalizar sobre él, es parte de aquello que —con Descartes— habría que desechar. El sujeto obra a escala de la singularidad, de lo que no hace conjunto. Mientras que el horizonte de la ciencia es la posibilidad de integrar en conjuntos, es decir, se ocupa de la particularidad, de los objetos que pertenecen a un conjunto. El discurso de la ciencia no puede reducir la enunciación del sujeto a un enunciado matemático. Por tal razón, Freud intentó recuperar un terreno para el sujeto; al escuchar en sus pacientes, las fobias, el síntoma y el malestar de la época, dio un lugar a la verdad de cada sujeto, tomando sus enunciados específicos, tratando de escuchar la “gramática singular” de cada uno.

Así pues, el sujeto que retoma el psicoanálisis es lo expulsado por la operación de la ciencia, es un efecto retroactivo, no esperado, que Freud tomó para darle un lugar: mientras sus colegas médicos consideraban a las histéricas como simuladoras, Freud decidió escucharlas en la medida en que “algo de verdad” había en sus palabras, pese a que la ciencia las descartaba. En este sentido, Freud decidió otorgar un lugar para el sujeto que la ciencia había expulsado, pues el discurso científico no quería saber nada sobre el sufrimiento a nivel de la realidad psíquica del sujeto, ya que solo le interesaba todo aquello que podía ser aprehensible en la lógica orgánica, fisiológica.

De manera que el psicoanálisis le concedió al sujeto que rechaza la ciencia la posibilidad de nombrar su verdad; lo comprendió más allá del discurso científico, le dio la posibilidad de nombrarse, de encontrar su singularidad gracias a la palabra (que pretende representarlo), pero más allá de ella. El sujeto en la ciencia moderna se ve atravesado por el impasse de no poder nombrar su sufrimiento en el discurso en que se instaura. Y el psicoanálisis encuentra que este se desborda del discurso mismo y se revela de otra forma, en las formaciones que se han dado llamar del inconsciente y en múltiples manifestaciones de la realidad psíquica misma.

De esta manera, Freud toma en cuenta la modalidad de satisfacción de cada sujeto, en oposición a la ciencia que sacrifica la singularidad. Propone un nuevo método para abordar esa dimensión singular del sujeto, utilizando como vía la palabra. Así, el psicoanálisis toma el sujeto del

inconsciente que queda excluido como sujeto de la ciencia. Sin decirlo, Freud retoma el punto de partida de Descartes, pues descubre que el discurso de la ciencia no identifica la especificidad del sujeto. Pues el sujeto está allí en la relación con el otro por intermedio de la palabra: “Si donde no es, piensa, y donde no piensa, es, es precisamente porque está en los dos lugares” (Lacan, 1981, pág. 109).

En resumen, el sujeto del psicoanálisis surge gracias al discurso de la ciencia, resulta como efecto que arroja la operación de la ciencia; y, es Descartes quien sintetiza este proceso. No obstante, es necesario recordar que el sujeto consciente (*cogito* cartesiano), el resultado del método de Descartes, es para el psicoanálisis un pensamiento que dice muy poco acerca del *ser* del sujeto; así, a través del supuesto de lo inconsciente, Freud mostró que el punto de partida cartesiano (sujeto vacío y dividido) es la especificidad del sujeto.

3. La noción de sujeto en Freud

Ahora bien, ¿cómo es el sujeto que emerge del sistema psíquico inconsciente? Pues romper con la tradición del sujeto de la conciencia arrastra consigo una polémica y una nueva noción de sujeto, que subvierte la concepción de la naturaleza humana.

En miras a desarrollar el interrogante anterior, este capítulo se dividirá en cinco bloques. En primer lugar, se definirán brevemente dos conceptos que permiten comprender y fundamentar parte de la definición de sujeto en el campo del psicoanálisis: la represión y el síntoma. En segundo lugar, se dará una explicación del lugar del lenguaje en la construcción del ser humano junto con el papel de la sexualidad en la cimentación del acontecer psíquico. En tercer lugar, se describirá la importancia de la pulsión en el sujeto freudiano. En cuarto lugar, se expondrá la concepción freudiana de conducta ambivalente, la cual esclarece el conflicto entre pulsión y prohibición fundamental para la comprensión de la psiquis del sujeto. Por último, se hará una exposición del complejo de Edipo, el cual desempeña un papel importante en el origen de la organización social y en la constitución del psiquismo individual del sujeto de lo inconsciente.

Se tomará como punto de partida para llevar acabo lo anterior, el libro *Tótem y tabú* de Freud. Allí, Freud define particularidades del sujeto, desde la explicación de las dos prohibiciones tabú más antiguas: la prohibición del incesto y la prohibición de matar al animal totémico.

3.1 Represión

En 1915, en uno de los *Ensayos sobre metapsicología*, dedicado a la represión, Freud describió algunas de las características más importantes de dicho concepto²⁵.

En primer lugar, definió el concepto de represión como un mecanismo de defensa que el sujeto emplea para prevenir el displacer: “la represión no tiene otro motivo ni propósito que evitar el displacer” (Freud, 1915, pág. 148).

En segundo lugar, determinó que la esencia de la represión es rechazar y mantener alojado en lo inconsciente aquellos elementos que el sujeto no puede integrar adecuadamente en sí mismo, ya que existen barreras culturales (asumidas por el sujeto) que los consideran moralmente

²⁵ Freud elaboró varios ensayos donde aborda el concepto de represión. Empero, el presente trabajo solo tomará como referencia la definición que Freud realiza en dicho texto.

inaceptables; por ejemplo, la atracción sexual del niño hacia el padre o la madre, la cual debe ser reprimida por el niño para poder integrarse en lo social.

En tercer lugar, Freud manifestó que los representantes de las pulsiones son los elementos que el sujeto reprime, pues llevar a cabo su satisfacción puede generar displacer²⁶. Sin embargo, para el psicoanálisis, es posible la satisfacción de una pulsión reprimida; a lo que Freud se refiere es al hecho de que la satisfacción de una pulsión resulta inconciliable con otras exigencias y designios; por lo cual, satisfacer una pulsión produce placer en un lugar y displacer en otro. En este sentido, la represión se produce cuando el displacer posee más fuerza que el placer que provocaría la satisfacción de una pulsión: “la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción” (Freud, 1915, pág. 142).

En cuarto lugar, Freud sostuvo que la agencia representante psíquica de una pulsión reprimida no es destruida ni olvidada tras el proceso de represión; por el contrario, mantiene plena efectividad psíquica en lo inconsciente: “la represión no impide a la agencia representante de pulsión seguir existiendo en lo inconsciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones” (Freud, 1915, pág. 144). De tal modo, lo reprimido sigue ejerciendo una presión continua hacia lo consciente, buscando la forma de satisfacerse: “el psicoanálisis nos ha enseñado que la esencia del proceso de la represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino en impedirle que devenga conciente” (Freud, 1915, pág. 161). Así pues, la represión no anula la energía psíquica pulsional reprimida; por lo tanto, ésta se mantiene y pugna por manifestarse a través de retoños psíquicos. Se puede decir que dichos retoños son formaciones de la agencia representante de pulsión, que han logrado sortear las barreras de la censura; así, de forma más o menos desfigurada, pueden devenir conscientes. Lo reprimido retorna en los sueños, en los lapsus, en los olvidos, en los actos fallidos o en los síntomas; a través de ellos, lo reprimido consigue una satisfacción sustitutiva.

En quinto lugar, en tanto lo reprimido ejerce una presión continúa en dirección a lo consciente, la represión exige un gasto de energía constante por parte del sujeto, pues, si cesara, lo reprimido podría retornar a la conciencia:

²⁶ Por ejemplo, un sentimiento de hostilidad hacia alguno de nuestros seres queridos.

La represión exige un gasto de fuerza constante; si cesara, peligraría su resultado haciéndose necesario un nuevo acto represivo. Podemos imaginarlo así: lo reprimido ejerce una presión continua en dirección a lo consciente, a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por medio de una contrapresión incesante (Freud, 1915, pág. 146).

De este modo, se puede definir la represión como un mecanismo de defensa que opera sobre los representantes de una pulsión, cuyo propósito es evitar el displacer. La represión es un proceso que deniega el paso de la agencia representante psíquica de la pulsión a lo consciente, pero dicha pulsión no se deshace en lo inconsciente sino que permanece allí intentado satisfacerse; de esta manera, el sujeto debe hacer un gasto continuo de fuerza psíquica para mantener lo reprimido.

En conclusión, la represión da cuenta del conflicto existente entre las pulsiones del sujeto y las restricciones que se le imponen (o que se impone). Pese a que la pulsión es algo que le atañe al sujeto, este no siempre puede llevarla a cabo; por tal motivo, la represión constituye la precondition para la formación de síntomas en el sujeto: “la represión deja *síntomas* como secuela” (Freud, 1915, pág.148). Es el caso de no poder de dejar de pensar o de algo (neurosis obsesiva) o de tener el cuerpo afectado por algo que, sin embargo, no se registra en el análisis médico (neurosis histérica). Igualmente, la represión es un proceso psíquico de carácter universal, pues es la separación que todo ser humano ha sufrido (entre sus pulsiones y las exigencias de la cultura) y gracias al cual llegó a ser parte de lo social.

3.2 Síntoma

Aunque el concepto de *síntoma* ha recibido distintas dilucidaciones a lo largo de la elaboración teórica de Freud, este trabajo se centra únicamente en la definición que ofrece en la conferencia N° XXIII, de las conferencias de introducción al psicoanálisis, titulada: *Los caminos de la formación de síntoma*. Como ya se había mencionado, el síntoma es la satisfacción sustitutiva de algo reprimido por el sujeto y que posee —según el psicoanálisis— un sentido²⁷, en tanto está ligado a un contenido inconsciente del sujeto. En tanto acción sustitutiva que satisface una pulsión reprimida, el síntoma se revela como algo no placentero e incómodo para el sujeto; pues la satisfacción no es consciente, permanece oculta bajo el aspecto molesto del síntoma.

²⁷ El psicoanálisis ha sido el primero en otorgar al síntoma un sentido. Al escuchar a sus pacientes, Freud evidenció que los síntomas “hablaban” acerca de la vida psíquica del sujeto: “los síntomas neuróticos tienen entonces su sentido, como las operaciones fallidas y los sueños, y, al igual que estos, su nexa con la vida de las personas que los exhiben” (Freud, 1916, pág. 236).

En este sentido, la satisfacción del síntoma se presenta como una situación paradójica: por un lado, ofrece una satisfacción inconsciente de la cual el sujeto no tiene noticia; y, por otro lado, una insatisfacción de la cual el sujeto es consciente, pues se queja y exterioriza cierto sufrimiento. Así, “la modalidad de satisfacción que el síntoma aporta tiene en sí mucho de extraño. Prescindamos de que es irreconocible para la persona, que siente la presunta satisfacción más bien como un sufrimiento y como tal se queja de ella” (Freud, 1916, pág. 333).

De este modo, en el síntoma se refleja una satisfacción que se forma a partir de dos sentidos contrapuestos (placer-displacer) que suceden simultáneamente en la vida psíquica del sujeto. Por lo tanto, se trata de un sufrimiento difícil de comprender desde la lógica del sistema consciente (la razón), pues para el sentido común, el malestar no puede estar atado a ninguna satisfacción. No obstante, ello es una consecuencia de que el sujeto esté atravesado por dos instancias psíquicas: inconsciente y consciente; por tal razón, lo que resulta placentero para una instancia (inconsciente) resulta desagradable para la otra instancia psíquica (consciente). De esta manera, el síntoma parece perjudicial e inútil para la vida del sujeto, para el bienestar del sujeto consciente; pero, de hecho, constituye la satisfacción de la pulsión reprimida, por lo cual se exterioriza como queja, angustia, sufrimiento.

Los síntomas (...) son actos perjudiciales o, al menos, inútiles para la vida en su conjunto; a menudo la persona se queja de que los realiza contra su voluntad, y conllevan displacer o sufrimiento para ella. Su principal perjuicio consiste en el gasto anímico que ellos mismos cuestan y, además, en el que se necesita para combatirlos (Freud, 1916, pág. 326).

Empero, ¿por qué se producen síntomas? Según Freud, el síntoma es un resultado de la imposibilidad de la realización directa de una pulsión, pues a ella se le impone una prohibición, la cual no funciona completamente; si funcionara, aniquilaría la pulsión y no habría quejas. Lo anterior deja al sujeto dividido entre la prohibición, que no funciona plenamente (consciente), y sus pulsiones que buscan la satisfacción (inconsciente). El sujeto se encuentra en medio de este conflicto, e intenta hacer algo para poder sobrellevarlo; esa acción que lleva a cabo es el síntoma, “por eso el síntoma es tan resistente; está sostenido desde ambos lados” (Freud, 1916, pág. 326).

De modo que, el síntoma es un conflicto que busca una nueva modalidad de satisfacción a la pulsión; el sujeto debe buscar otros caminos para satisfacer sus pulsiones, pero esas nuevas modalidades de satisfacción son desagradables para otra parte del sujeto, a saber, la conciencia,

la cual no está de acuerdo con esas nuevas formas de satisfacción y, entonces, impone resistencias.

El conflicto es engendrado por la frustración; ella hace que la libido pierda su satisfacción y se vea obligada a buscar otros objetos y caminos. Aquel tiene por condición que estos otros caminos y objetos despierten enojo en una parte de la personalidad, de modo que se produzca un veto que en principio imposibilite la nueva modalidad de satisfacción (Freud, 1916, pág. 318).

De esta manera —para Freud—, lo normal es que tengamos síntomas (neurosis, histeria, psicosis etc.), es lo propio de la condición humana. Así, el sujeto freudiano es un sujeto por naturaleza sintomático, pues todos los seres humanos padecen el conflicto entre sus pulsiones y las prohibiciones impuestas, e intentan hacer algo con aquel conflicto: “podrán decir perfectamente que *todos* estamos enfermos, o sea, que todos somos neuróticos, puesto que las condiciones para la formación del síntoma pueden pesquisarse también en las personas normales” (Freud, 1916, pág. 326).

Ya para finalizar, es menester precisar que el trabajo psicoanalítico consiste en operar sobre el reconocimiento de estos síntomas. No obstante, el placer inconsciente del síntoma impide que el sujeto quiera desprenderse de esa satisfacción; por lo cual, produce resistencias que entorpecen y obstaculizan el intento de deshacer el síntoma. Por esto, el psicoanálisis aprendió que no se puede hacer desaparecer por completo el síntoma; el sujeto puede aprender a obtener de él una verdad sobre su modalidad de satisfacción que le era ajena —inconsciente— y procurar una satisfacción menos penosa. De tal modo, el psicoanálisis ofrece al sujeto la posibilidad de acceder a ese saber no sabido del inconsciente y, desde allí, alivianar el conflicto que le produce el síntoma.

3.3 Sujeto y lenguaje

Aprehender el lenguaje trae consecuencias. Para entenderlas, se hará una distinción entre las particularidades de los animales y las del ser humano.

Los animales buscan la satisfacción de las necesidades (reproducción, protección y alimentación), respondiendo a los estímulos perceptivos mediante el instinto. Atienden a ellas prácticamente sin ayuda de otro y lo pueden hacer plenamente, aplicando sólo su instinto

connatural. “Es admirable, por ejemplo, ver las golondrinas pequeñas, que, apenas salidas del huevo y ciegas aún, saben, sin embargo, hacer que sus excrementos caigan fuera del nido” (Kant, 1803, pág. 2).

Por otro lado, al tropezar con el lenguaje que el semejante le pone en el camino, el ser humano se convierte en un sujeto problema y enfrenta numerosos obstáculos. En primer lugar, pierde el instinto y no logra, por vía propia, satisfacer sus necesidades primordiales; el hombre vive un proceso de pre-maturación, lo que significa que depende totalmente, y por mucho tiempo, de los semejantes. El hombre es el único animal que debe ser educado, dice Kant: se le deben aplicar los cuidados básicos (que duran mucho más que los de cualquier animal) y es forzoso disciplinarlo en los elementos necesarios para su desarrollo dentro de lo social.

Un animal lo es ya todo por su instinto; una razón extraña le ha provisto de todo. Pero el hombre necesita una razón propia; no tiene ningún instinto, y ha de construirse él mismo el plan de su conducta. Pero como no está en disposición de hacérselo inmediatamente, sino que viene inculto al mundo, se lo tienen que construir los demás (Kant, 1803, pág. 2).

En segundo lugar, el hombre no encuentra la satisfacción plena de sus necesidades primordiales, pues, dada la pérdida de su instinto, ignora con qué objetos podría satisfacer dichas necesidades; tiene problemas con la reproducción, la alimentación y la protección, ya que como éstos están codificados, debe acceder primero a los códigos simbólicos correspondientes. En cuanto a la protección, se halla desprotegido y sin mecanismos de defensa, a diferencia de los animales (cuando la zarigüeya se siente amenazada, se hace la muerta; el camaleón adopta el color del ambiente para ocultarse de un enemigo; etc.).

Con respecto a la reproducción, el hombre es el único animal que no sostiene relaciones sexuales con el único fin de reproducirse, pues condiciona su sexualidad a otros factores distintos de la reproducción; es el caso de la aparición de las fantasías sexuales, las cuales son un asunto puramente psíquico. De esta manera, lo sexual en el ser humano se realiza y tiene prioridad en el ámbito psíquico. Aunque la sexualidad involucre el cuerpo, no se puede dejar de pensar que la realización sexual se da en el ámbito psíquico, pues muchas de las fantasías, creadas por el sujeto, están destinadas a no ejecutarse, lo que en ocasiones implica una satisfacción puramente psíquica que, de otro lado, puede traer consigo problemas con la satisfacción sexual.

De este modo, la sexualidad encuentra sus problemas con el tropiezo del lenguaje. La búsqueda de la satisfacción correspondiente se instaura como una problemática inherente en el ser humano; el encuentro sexual empieza a ser especificado del hombre puesto que no existe *proporción* sexual (como la que dice: “las hembras son a los machos, como las mujeres son a los hombres”), mientras que en los animales sí existe, pues éstos copulan con base en esa proporción, que está anticipada en los mecanismos instintivos de seducción, atracción y cópula.

En tercer y último lugar, otro aspecto distintivo del ser humano, que resulta de la inserción en el lenguaje, es que, frente a la desaparición del instinto, brota la pulsión; la pulsión como un concepto para unir lo que ocurre a nivel del cuerpo con lo que ocurre a nivel del aparato psíquico, producto del desencuentro sexual.

Así pues, el psicoanálisis parte de la idea de que el ser humano no funciona como el resto de los animales. Su singularidad, el hecho de estar atravesado por una lógica simbólica (el lenguaje), le deja un malestar²⁸. Las consecuencias más importantes de esta consideración son: la sustitución del instinto por la pulsión²⁹ y la insatisfacción sexual del sujeto, dada la imposibilidad de un encuentro directo entre la necesidad y su objeto.

En cuanto a la insatisfacción sexual, se puede decir que es un pilar fundamental en la teoría freudiana; aunque se intentará esclarecer en primera instancia dicha problemática, es importante aclarar que la importancia de lo sexual se podrá ir rastreando a lo largo de la definición de los otros conceptos que precisan la noción de sujeto de lo inconsciente.

Para entender un poco más el problema de lo sexual en el sujeto se debe explicar qué significa que la sexualidad humana se realice a través del aparato psíquico, producto de las fantasías sexuales y de su independencia de la reproducción. Se puede decir que, mientras en los animales la conducta sexual se desencadena por ciertas condiciones naturales (por ejemplo, cuando el macho desata su comportamiento sexual en la medida en que la hembra se encuentra en periodo de ovulación y despidе feromonas que el macho olfatea y, por tanto, se produce la conducta

²⁸ El lenguaje le imposibilita al sujeto la satisfacción directa de la pulsión; puesto que, una vez el sujeto aprehende el lenguaje, pierde la oportunidad de encontrar el objeto de satisfacción de su pulsión, pues lo que halla es el límite de la palabra (no puede nombrar el objeto de satisfacción). Por lo tanto, se produce en el sujeto el síntoma; recordemos que éste es consecuencia de no poder satisfacer directamente la pulsión.

²⁹ Esto será explicado en el siguiente capítulo.

sexual), en el ser humano se desencadena por condiciones no-naturales (por ejemplo, a través de la lectura de ciertos símbolos convencionales, como cierta ropa o ciertos gestos). Son los símbolos los que identifican si se realiza la sexualidad; los machos humanos no pueden percibir por medios naturales (el olfato, por ejemplo) cuándo ovula la hembra e incluso hacen todo lo posible por evitar que la hembra ovule para copular... es exactamente al revés que en los animales.

En este sentido, la sexualidad del ser humano requiere de la intervención de lo psíquico para poderse llevar a cabo; no se realiza únicamente a partir de lo somático³⁰, lo que significa que su insatisfacción está garantizada. Cuando Lacan (1973, seminario 20) dice: “la relación sexual no existe”, quiere decir que no hay complementariedad entre macho y hembra, hay una falta estructural, una brecha, un vacío. En efecto, lo sexual hace parte constitutiva del sujeto y explica su condición, pues el encuentro sexual no puede inscribirse como algo satisfecho y se instaura como un vacío. Los animales tienen la cadena continua, el eslabón completo, y no les hace falta información, no tienen necesidad de saber; en cambio, el ser humano intenta hacer algo a partir de ese vacío que lo entraña y, para ello, toma los símbolos que su cultura ha inventado para suponer que no hay problema.

De esta manera, Freud descubre que la constante inquietud sexual en el sujeto es producto del desajuste propio de la sexualidad humana, pues revela que existe algo del orden de la necesidad que no puede ser satisfecho. Eso que no puede ser cubierto, es lo que Freud va a llamar *deseo*. Un deseo que brota de la pérdida del objeto de satisfacción. Pero, ¿qué es el deseo?

- En primer lugar, lo define en relación con la búsqueda de satisfacción; el deseo inconsciente, tiende esencialmente a su satisfacción.
- En segundo lugar, distingue entre el deseo y la necesidad; mientras que, por un lado, la necesidad es un estado que —según Freud— puede encontrar satisfacción; por otro lado, el deseo sólo puede realizarse de un modo *alucinatorio* (por ejemplo, a través de los sueños, las fantasías). Para Freud, el cumplimiento alucinatorio del deseo no implica la satisfacción de la necesidad; es el caso de los sueños: allí se cumplen deseos, pero son alucinaciones, “percepciones sin objeto” (como diría la psiquiatría); es decir, se obtiene una satisfacción,

³⁰ De otra manera, no se entenderían hechos como la homosexualidad y la transexualidad (que no existen en los animales).

que no es como la satisfacción de una necesidad; por ejemplo, cuando un niño se chupa el dedo, podemos suponer que alucina el pecho, pero se moriría de hambre si siguiera así, pues la alucinación no calma la necesidad.

- En tercer lugar, Freud afirmó que el objeto de satisfacción de un deseo se halla completamente enlazado con signos (lenguaje); por lo cual, el objeto real de satisfacción no puede encontrarse, pues el objeto pasa por la palabra y, en ese tránsito, se pierde algo del objeto: de un lado, no hay un signo que identifique totalmente el objeto de satisfacción; y, de otro lado, el signo siempre reclama otro signo, lo que aleja indefinidamente el objeto de satisfacción.
- En cuarto lugar, sostuvo que los deseos inconscientes, están ligados especialmente a deseos infantiles indestructibles: “son deseos prohibidos, rechazados por la censura” (Freud, 1916, pág. 196).

Aunque las anteriores características del concepto de deseo fueron suministradas por Freud en algunos de sus textos, es importante precisar que en la teoría freudiana dicho concepto no tiene una definición formal, lo cual dificulta un poco su comprensión. Por tal razón, el presente trabajo tomará algunas referencias del concepto de deseo elaboradas por Jacques Lacan, quien retomó el concepto freudiano de deseo y propuso nuevas dilucidaciones.

En la teoría de Lacan, el concepto de deseo es definido como *una falta de objeto*. Para entender esta definición voy a realizar la distinción entre necesidad, demanda y deseo. En cuanto a la necesidad —para Lacan—, es esencialmente un hecho fisiológico (sed, hambre). Las necesidades son satisfechas con la consecución del objeto correspondiente (agua, alimento). Sin embargo, en el ser humano, la necesidad nunca se halla en estado puro pues, al estar en el lenguaje, tiene que tramitarse mediante una demanda al otro, mediante enunciados.

Así, la demanda es básicamente una llamada que se dirige a otro. No obstante, comúnmente la demanda se presenta disfrazada de necesidad; por lo cual, si el sujeto no sabe reconocer ese disfraz, puede responder a la necesidad, pero no a la demanda. Por ejemplo, cuando un niño pide un alimento, parece que expresa una necesidad; mientras que —según el psicoanálisis— con frecuencia esa solicitud se trata de una demanda de amor dirigida hacia el otro; así, el niño pide

un alimento, pero es amor lo que demanda³¹. El otro puede negarle el alimento, pero darle amor al niño, o puede darle el alimento y negarle su amor. En este sentido, puede ocurrir que el niño satisfaga la “necesidad” de comer... aunque su demanda de amor resulte ignorada.

Así, el deseo adviene más allá de la demanda; es la falta del objeto de satisfacción, consecuencia de la aprehensión de la palabra y efecto de la marca que esta deja en el sujeto. El sujeto busca la satisfacción de sus necesidades, pero debe pasar por un llamado dirigido a otro, lo cual desnaturaliza de entrada su satisfacción. Por estar atado a lo simbólico, toda demanda implicará demanda de significantes, pero dichos significantes se refieren unos a los otros, sin poder hallar el objeto real de satisfacción, pues en la medida en que interviene la palabra, lo real del objeto se desplaza de palabra en palabra; y entonces, es imposible para el sujeto encontrar el objeto que satisface su deseo.

Así, Lacan va a decir que la función del deseo es desplazarse. Está entre los significantes, pero no coincide con ninguno. Es decir, el deseo está articulado en la cadena signifiante, empero ningún signifiante puede articularlo (nombrarlo); por tal razón, el deseo es algo que se va desplazando de signifiante a signifiante.

En este sentido, el deseo surge de la separación entre necesidad y demanda. No puede ser reducido a la necesidad, porque el deseo no se satisface con un objeto. Ejemplo: la necesidad alimenticia en los animales, se puede satisfacer con un alimento; es decir, esa necesidad se dirige a un objeto determinado, y en cuanto la necesidad es satisfecha, deja de inquietar o motivar al animal, hasta que surja otra necesidad. Por el contrario, el deseo de amor del niño, en la medida que demanda al otro, es un deseo por naturaleza insatisfecho. El deseo, en el sentido psicoanalítico, el deseo inconsciente, se diferencia de la necesidad, porque es un deseo que no se puede olvidar, ya que es esencialmente insatisfecho. Así, el deseo brota de no encontrar ese objeto de satisfacción; por lo tanto —según Lacan—, los seres humanos se constituyen a partir de esa falta, lo que Freud denomina *objeto perdido*.

El objeto perdido es definido como una marca, un punto donde ya no se puede interpretar, es un límite en el campo de la palabra. El objeto perdido, ¿es un objeto que estuvo y se perdió? No; por

³¹ En la teoría de Lacan, toda demanda articulada es, en el fondo, demanda de amor.

el contrario, es un objeto *perdido de antemano*, pues, si hubiera estado, quizás se tendría la oportunidad de hallarlo; por lo tanto, la pérdida del objeto es un mito³².

A través de la práctica psicoanalítica, Freud descubrió que sus pacientes siempre se quejaban: “si yo tuviera...”; intentaban nombrar una falta de algo que no tenían, pero que creían que deberían tener. Así pues, pudo entender que los seres humanos, los seres hablantes, reclamaban algo que debería estar en algún lado, que tuvieron y alguien se los sacó. De ahí, Freud construyó la noción de objeto perdido; al escuchar a sus pacientes dichas quejas, se dio cuenta de que existía un objeto perdido, pero como algo que nunca estuvo.

Para ilustrar lo anterior, se puede tomar como ejemplo la primera vivencia de satisfacción, donde el niño mamó del pecho materno y luego el pecho se distanció. Sin embargo, el pecho nunca llegó al punto de satisfacción, pues antes de que la madre intentara satisfacer plenamente la necesidad del niño, intervino la palabra: “ya va, ya te doy”. En este sentido, antes del pecho llegaron las palabras y el lenguaje hizo de las suyas. Mientras que, en los animales cualquier mamífero se agarra del pecho materno tan pronto nace, en el ser humano existe toda una mediación en el recorrido para llegar a eso. Así, el pecho es el objeto de necesidad del niño, pero debe demandar al otro para poder satisfacer su necesidad (aunque el niño recién nacido no demande, su queja es interpretada y devuelta al niño como una demanda: “está avisando que tiene hambre”), la cual no puede satisfacerse del todo (entra la palabra y se pierde el objeto, el cual nunca estuvo, pues el niño jamás obtuvo su satisfacción plena, directa).

De esta manera, el deseo brota de esa pérdida de objeto. El deseo es deseo de un objeto que no existe y que no se puede nombrar (por eso, el deseo es inmortal). Puesto que no hay un significante que nombre al deseo, el deseo no habla, nunca termina de decirse, por eso, es un deseo que demanda lo imposible. De ahí la definición de Lacan del deseo como *falta de objeto*.

El deseo como efecto de algo que nunca estuvo y jamás estará, el deseo insatisfecho, hace que el sujeto se constituya como una falta-de-ser, puesto que desconoce el objeto perdido y no sabe dónde hallarlo; sin embargo, a partir de ese deseo, de esa falta, el sujeto intenta realizar algo y encontrar la manera de satisfacerse por la vía que le ofrece lo inconsciente.

³² El objeto primordial es un mito, el sujeto lo perdió cuando entró al lenguaje, perdió la oportunidad de encontrar el objeto de satisfacción.

De este modo, se puede comprender que, a partir del desarreglo de la sexualidad en el ser humano, se encuentra una constante respuesta de lo sexual en el hombre; asimismo, aparece la falta y junto con ella brota el deseo, el cual hace del sujeto un ser por naturaleza carente, en busca de la satisfacción. Empero, dado que el sujeto desconoce el objeto que produce su satisfacción, queda con un vacío que lo entaña y, desde allí, comienza a ser un sujeto deseante, a partir de la falta.

En definitiva, se puede deducir que Freud desentraña la modalidad de satisfacción del sujeto, la cual no se realiza como en los animales, debido a la inmersión en el lenguaje. Así, el psicoanálisis demostró que el hombre no sigue las leyes de la naturaleza; él es un ser desnaturalizado³³, algo patente en la sexualidad humana, la cual no funciona como lo hace el comportamiento sexual animal. Igualmente, a partir de lo anterior se puede reconocer la importancia de la sexualidad en la constitución del psiquismo individual, en la medida en que la falta que se produce permite la cimentación del deseo.

3.4 Sujeto y pulsión

Ya se había mencionado que una de las principales características que emerge de la aprehensión del lenguaje, por parte del ser humano, es la sustitución del instinto por la pulsión. Asimismo, ya se había dicho que los contenidos de lo inconsciente son representantes de la pulsión, los cuales buscan constantemente la forma de satisfacerse. Empero, ¿qué es la pulsión? Dicho concepto será explicado a partir del artículo: *Pulsiones y destinos de pulsión*, el cual fue elaborado por Freud en el año de 1915 (forma parte del texto *Ensayos sobre metapsicología*, que ya he citado).

Allí Freud señaló la diferencia entre instinto (animal) y pulsión (ser humano). Para comprender dicha distinción se puede tomar como ejemplo la alimentación. Por una parte, está el instinto propio de los animales, el cual conduce directamente al objeto que satisface la necesidad de comer; en el caso de algunos animales herbívoros, su instinto los conduce a comer pasto, si el pasto se acaba, estos animales no comerán otra cosa que lo reemplace (carne, por ejemplo): o comen pasto o mueren. Por otra parte, está la pulsión en el ser humano, la cual no conduce a

³³ Para el psicoanálisis, el ser humano no es un ser natural. Por hablar, se ha apartado de sus condiciones naturales; y, no se somete a las leyes de la naturaleza, pues ha perdido sus instintos: es un ser *desnaturalizado*: Miller, Jacques-Alain [1988]. «Freud y la teoría de la cultura». En: *Elucidación de Lacan*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

ningún objeto específico de satisfacción; si el ser humano come todos los días la misma comida, unos días después ya no quiere saber más de ella; por lo tanto, no existe un objeto específico que corresponda a la satisfacción de la pulsión.

Mientras el instinto se dirige a un objeto directo que satisface la necesidad (y, si se agota el objeto, simplemente la necesidad no se satisface y el animal puede morir), la pulsión se dirige a objetos reemplazables unos por otros, con tal de que ella se satisfaga³⁴. De este modo, la pulsión siempre se dirige a un objeto subrogado y siempre se satisface.

Ahora bien, es necesario recordar que Freud anunció que uno de los problemas que surge en el sujeto es la insatisfacción sexual, pues su realización involucra el ámbito psíquico (demanda lectura de símbolos) y el cuerpo. En este sentido, *pulsión* es un concepto que se introduce con el fin de unir lo que ocurre en el cuerpo con lo que ocurre en el aparato psíquico, pues la pulsión tiene las dos puntas, una en lo anímico y otra en lo somático:

La «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1905, pág.107).

De este modo, Freud define la pulsión en relación con una fuente de estímulos en continuo fluir. Esa fuente de estímulos es la zona erógena: un lugar del cuerpo capaz de desprender estímulos sexuales. Esta pulsión es representada en lo psíquico; y, su función, es exigirle a la vida anímica que tramite el estímulo en el cuerpo. Así, la pulsión es un concepto límite entre lo anímico y lo somático, no se encuentra en el cuerpo pero tampoco en el aparato psíquico; es el representante de la pulsión ante el aparato psíquico, quien pide que se tramite la pulsión en el cuerpo.

Si bien, su representante le exige a la vida anímica que tramite el estímulo en el cuerpo, esto no puede cumplirse plenamente, pues la vida anímica tiene a su cargo el examen de la realidad, que definirá el objeto (la cosa del mundo), la modalidad, el momento, etc., pero contando con que no existe un objeto específico. Entonces, en ocasiones lo único que le queda a la vida anímica es aportar no un objeto, sino una fantasía, que sirve de soporte psíquico para el estímulo. Aunque, la

³⁴ Ejemplo: mientras los animales mamíferos siempre eligen como compañero sexual al sexo opuesto de la misma especie, los seres humanos eligen una diversidad de objetos sexuales: personas del mismo sexo (homosexualidad), ancianos (gerontofilia), animales (zoofilia), etc.

pulsión es un estímulo para lo psíquico³⁵ se distingue de los estímulos biológicos por varias razones:

En primer lugar, el estímulo pulsional no procede del mundo exterior sino del interior del organismo, “Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo” (Freud, 1915, pág. 114). En segundo lugar, la pulsión actúa como una fuerza constante en oposición al estímulo que opera solo como una fuerza momentánea; por ejemplo, si una luz fuerte hiere el ojo, éste se cierra y el estímulo desaparece; pero los estímulos pulsionales, en la medida que provienen del interior del organismo, no pueden sustraerse con ese tipo de acciones de escape. En tercer lugar, mientras el estímulo se evapora solo con una acción de huida, la pulsión solo se puede cancelar mediante su satisfacción, pero requiere de diferentes acciones para poder llevar a cabo dicha satisfacción, pues no se puede satisfacer solo con acciones de evasión, como sucede con el estímulo:

Primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida (Freud, 1915, pág. 115).

Además de estos elementos implicados en la definición de pulsión, Freud en su texto *Pulsiones y destinos de pulsión* introduce otros componentes asociados al concepto de pulsión: esfuerzo, meta, objeto y fuente.

El *esfuerzo* es definido como el factor motor de una pulsión: es la magnitud o fuerza de empuje que requiere la pulsión. Ella posee un carácter esforzante y siempre trae en sí misma un fragmento de actividad que le impide ser pasiva. “Por *esfuerzo* de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma” (Freud, 1915, pág. 117).

La *meta* de una pulsión “es en todos los casos la satisfacción que solo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en las fuentes de la pulsión” (Freud, 1915, pág. 118). Así,

³⁵ “Nada nos impide subsumir el concepto de pulsión bajo el de estímulo: la pulsión sería un estímulo para lo psíquico” (Freud, 1915, pág. 114).

la meta de la pulsión es cancelar el estímulo en la fuente; empero, como no hay un objeto adecuado para la satisfacción de la pulsión, para la cancelación del estímulo, esta cancelación requiere de un trabajo interminable; por lo tanto, la pulsión nunca desaparece.

El *objeto* de una pulsión “es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta” (...) No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio” (Freud, 1915, pág. 118). Entonces, el objeto de la pulsión es lo más variable, pues siempre es un sustituto que no está enlazado en su origen con ella.

La *fuerza* de una pulsión es “aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión” (Freud, 1915, pág. 118). La fuerza es el punto somático o la zona erógena de donde partió el estímulo que es representado ante el aparato anímico.

De lo anterior se puede deducir que la pulsión busca su satisfacción, “será mejor que llamemos necesidad al estímulo pulsional lo que cancela esta necesidad es la satisfacción” (Freud, 1915, pág. 114), pero ¿cómo obtiene la pulsión su satisfacción? En su recorrido.

¿Cómo es el recorrido? El punto de partida de la pulsión es la fuerza, el lugar donde se produjo el estímulo; la meta de la pulsión es cancelar el estímulo, lo cual busca a través de una serie de objetos subrogados. Por lo tanto, en ese ir y venir sobre ese objeto que no corresponde, se satisface la pulsión; pero dicha satisfacción es parcial, por eso la pulsión es una fuerza interior y constante a la que no se le puede huir. Así pues, la pulsión se satisface en su propio recorrido que nunca termina (es parcial), pues cuando la pulsión se dirige a un objeto, este le da un nuevo estímulo a la pulsión. De esta manera, la meta de la pulsión siempre será la satisfacción, pues es la única forma de cancelar la estimulación en la fuerza. Aunque, la pulsión encuentra siempre diversos objetos para satisfacerse (nunca el objeto “verdadero”), es en el camino que la pulsión recorre donde obtiene satisfacción; por lo cual, la pulsión siempre se satisface.

En esto radica la diferencia entre los conceptos de deseo y de pulsión: mientras la pulsión se satisface en su recorrido y se dirige a diversos objetos reemplazables, el deseo se resiste siempre a la satisfacción y se dirige a un objeto falso que no va a encontrar (perdido). Así, la meta del deseo es siempre la insatisfacción y la meta de la pulsión es la satisfacción.

Ahora, para Freud la regla fundamental que rige las pulsiones es el principio de economía (placer–displacer): su propósito es evitar el displacer. Cuando se impone al sujeto la realidad cultural, él debe renunciar al placer de algunas de sus pulsiones (destinarlas a lo inconsciente); y, así, evitar el displacer (consciente). El sujeto se encuentra en una lucha, pues el mundo exterior le opone restricciones que le generan displacer (porque no puede satisfacer libremente sus pulsiones). De este modo, la pulsión está implicada en la constitución del sujeto, pues en ella se pone en marcha la distinción entre el polo pulsión–placer) y el polo prohibición–displacer (mundo exterior). Esto formará la psiquis del sujeto, pues aquello que no puede ser realizado, dado que la sociedad lo prohíbe, es destinado a lo inconsciente; y, lo que el sujeto puede llevar a cabo es destinado a lo consciente.

Justamente, un elemento que Freud elabora sobre el concepto de pulsión es la problemática que surge entre las pulsiones y las exigencias de la cultura.

Las pulsiones se originan en distintas fuentes erógenas: “Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ella es el logro del placer del órgano” (Freud, 1915, pág. 121). La realidad socio-cultural les exige “adaptación” a las pulsiones, les impone restricciones; por esto, muchas de ellas constituyen la fuerza para la formación del síntoma.

Entonces, la cultura impone restricciones a las pulsiones, y aunque el sujeto se ve más o menos obligado a cumplir con los requerimientos de la cultura y permanecer en el vínculo social, existe un conflicto entre esto y los reclamos de la pulsión. A las pulsiones se les impone una interdicción radical (la prohibición del incesto, por ejemplo) y el sujeto puede reconocer conscientemente que llevarlas a cabo le generaría displacer, pero la pulsión sigue buscando la forma de satisfacerse. Esto genera el conflicto psíquico, *el síntoma*: neurosis³⁶, psicosis, etc.

En resumen, la existencia de la pulsión reclama una unión —imposible— entre lo que ocurre a nivel del cuerpo con lo que ocurre a nivel del aparato psíquico, ya que la inmersión en el

³⁶ “El neurótico representa para nosotros, por lo común, una pieza del infantilismo psíquico; no ha conseguido librarse de las constelaciones pueriles de la psicosexualidad (...) En su vida anímica inconsciente, pues, las fijaciones incestuosas (...) siguen desempeñando —o han vuelto a desempeñar— un papel primordial” (Freud, 1913, pág. 26).

lenguaje del ser humano arrastró consigo la división esencial —para el psicoanálisis— entre el cuerpo y la psiquis. La cultura impone a la pulsión restricciones porque llevar a cabo su satisfacción implicaría la desintegración de la sociedad: “la necesidad sexual no es capaz de unir a los hombres como lo hacen los requerimientos de la auto-conservación; la satisfacción sexual es sobre todo asunto privado del individuo” (Freud, 1913, pág. 78). Sin embargo, la pulsión se sirve para obtener de una u otra forma la satisfacción.

La forma de satisfacción menos problemática —pero más escasa— es la que Freud llama *sublimación*: la pulsión sustituye los objetos sexuales en los que se satisface, por objetos culturales. Así, la sexualidad adquiere un nuevo sentido con relación a la cultura, pues Freud descubre que la pulsión, además de satisfacerse en sueños, chistes, lapsus, síntomas, etc., también puede satisfacerse en la elaboración de productos de la cultura: arte, investigación, etc.

Ya para finalizar, reitero que Freud encuentra que el sujeto es una ruptura con eso que hay de animal en todo hombre, pues la pulsión es la desnaturalización del instinto biológico. Lo anterior no implica que lo biológico, el organismo, quede abolido según el psicoanálisis, pero Freud no reduce el sujeto ni a lo biológico, ni a lo consciente.

3.5 Conducta ambivalente

El descubrimiento freudiano de la permanente conducta ambivalente del ser humano aporta nuevas consideraciones sobre la noción de sujeto. Para entender en qué consiste esta ambivalencia es pertinente abordar algunas consideraciones de Freud en torno al tabú. La explicación del tabú, uno de los primeros sistemas de prohibición social, permite entender el fundamento de las prohibiciones establecidas por la moral y la conducta ambivalente del sujeto hacia aquellos objetos o personas que las costumbres establecidas prohíben.

Así pues, los primeros sistemas penales de la humanidad se remontan al tabú. El tabú se define, por un lado, como algo ominoso o peligroso y, por otro lado, como algo sagrado o santificado. Para Freud (1913, pág. 27), “Nuestra expresión compuesta «horror sagrado» equivaldría en muchos casos al sentido del tabú”. En general, se llama tabú algo que participa, al mismo tiempo, de lo sagrado y de lo impuro. El tabú parece imponerse, en primer lugar, sobre cosas o estados desconocidos para el sujeto (por ejemplo: las mujeres después del parto, los enfermos o los

mueritos); y, en segundo lugar, sobre personas u objetos que pueden despertar celo porque son objeto de un anhelo (por ejemplo: los gobernantes, los animales sagrados y los reyes).

El tabú se expresa mediante prohibiciones o limitaciones. Para todos aquellos que se comportan bajo sus reglas, estas prohibiciones obran desde sí mismas, como si fueran naturales. Frente a ellas, los “primitivos” no dudan, no se preguntan acerca del porqué de su prescripción, aunque su origen y fundamento permanezca desconocido. Si no se cumplen tales restricciones, se aplica un duro castigo que se libera por un dispositivo interno y automático; en otras palabras, el tabú violado se venga a sí mismo y el trasgresor es castigado con mucho rigor.

Se trata, pues, de una serie de limitaciones a que estos pueblos primitivos se someten; esto o aquello se prohíbe, no sabemos por qué, y ni se les ocurre preguntarlo, sino que se someten a ello como a una cosa obvia, convencidos de que una violación se castigaría sola con la máxima severidad (Freud, 1913, pág. 30).

Trasgredir un precepto tabú, se castiga rigurosamente, porque el no cumplimiento de las prohibiciones tabú evidentemente significa un peligro social; es el caso de la prohibición tabú impuesta sobre las relaciones incestuosas: si el hijo cumpliera su deseo incestuoso hacia la madre, no habría posibilidad de que surgiera la familia, pues padre e hijo serían enemigos. El castigo impuesto ante la violación de una prohibición tabú gobierna sobre todos los miembros de la sociedad, porque todos los seres humanos tienen una inclinación hacia aquello que se prohíbe, pues si no existiera dicha inclinación no sería necesaria la prohibición ni el castigo (ahora bien, habría que pensar hasta qué punto la introducción de la prohibición también se puede considerar como causa del deseo). Por tal razón, cuando es violado un tabú, el castigo se aplica sin vacilación alguna, por miedo a que otros lo imiten: sin el castigo, pronto los demás podrían hacer lo mismo que el trasgresor.

Lo anterior significa que la función del castigo es evitar la disolución de la sociedad por medio de la imitación, pero también significa que la ley da lugar a lo social, que la transgresión lo pone en riesgo y, entonces, el castigo busca evitar la disolución. Sin el castigo, todos descubrirían que quieren obrar como el trasgresor, porque aquello que se prohíbe representa para todos la base de sus principales deseos, pues no es necesario prohibir aquello que no es motivo de un anhelo. “No es preciso prohibir lo que nadie anhela hacer, y es evidente que aquello que se prohíbe de la manera más expresa tiene que ser objeto de un anhelo” (Freud, 1913, Pág. 74). Los delitos que

son prohibidos y castigados por la ley son de tal naturaleza que muchos hombres podrían llegar a cometerlos, llevados por las inclinaciones de sus impulsos.

Por ejemplo, en la época primitiva, muchos estados y personas eran tabú porque contagiaban envidia o incitaban a la tentación; en la antigüedad, el rey o el príncipe eran tabú, porque traían consigo ciertos privilegios que provocaban envidia, pues quizás cada quien quería ser rey. Así, el tabú era una forma de mantener la prohibición hacia personas, estados o cosas que el sujeto habría deseado ser o hacer, pero que no podía llevar a cabo pues la satisfacción de sus deseos implicaría la disociación de la sociedad. De este modo, la prohibición que impera sobre las cosas tabú se constituye a partir de una renuncia hacia aquello que el sujeto desea.

Si la violación de un tabú puede ser compensada mediante una expiación o penitencia, que por cierto significan una renuncia a un bien o a una libertad cualesquiera, ello nos aporta la prueba de que la obediencia al precepto-tabú fue a su vez una renuncia a algo que de buena gana se habría deseado hacer (Freud, 1913, Pág. 41).

Entonces, se puede decir que el tabú es una prohibición antigua, impuesta desde fuera, que busca controlar los anhelos más fuertes del sujeto. De hecho, tales prohibiciones recaen sobre actividades hacia las que existe una fuerte inclinación (contando, además, con la capacidad de imitación). El tabú es una renuncia hacia un anhelo del hombre que debe evadir para poder mantener la sociedad. Debe renunciar a muchos de sus anhelos para poder existir como ser social, debe auto-conservarse y para ello necesita del Otro.

En este sentido, frente a los tabúes, el sujeto tiene dos sentimientos: por una parte, teme violar el precepto tabú, a causa del miedo (tanto al castigo social como a los límites que él mismo se ha impuesto) y a la disociación de lo social; por otra parte, desea violar el tabú, pues subsiste en él una intensa inclinación (algo a lo que se renuncia, pero que persiste y con él la necesidad de mantener la prohibición). Se trata, entonces, de un sujeto dividido entre la búsqueda de la satisfacción y el temor. Si respeta el tabú, hay un reproche “interno”, unido a la inclinación; si transgrede el tabú, también hay un reproche interno, esta vez unido al temor (además, por supuesto, de la sanción social).

Por consiguiente, frente a las prohibiciones tabú, se tiene una conducta ambivalente: se teme hacer lo que se anhela, pues viola la prohibición, pero de todos modos se anhela. Así, la

prohibición desempeña un lugar importante en los preceptos tabú: en primer lugar, se impone sobre la inclinación del sujeto; y, en segundo lugar, debe permanecer y ser transmitida, ya que el placer de violar el tabú no desaparece, se conserva.

Por ejemplo, en la antigüedad, el rey era tabú. El pueblo amaba y admiraba al rey, le proporcionaba los más extravagantes cuidados y le atribuía poderes increíbles (como el de la curación); sin embargo, al mismo tiempo le temían y lo odiaban, a causa del daño que podía llegar a causarles. Se le consideraba peligroso y, por eso, estaba prohibido tocarlo o tener contacto con algún elemento que él hubiera tocado y posteriormente abandonado; el castigo ante la violación de este tabú podía llegar a ser incluso la muerte. Así, existía una conducta ambivalente hacia el rey: el pueblo lo admiraba y lo odiaba, al mismo tiempo; el pueblo debía cuidar a su rey, pero también cuidarse de él.

Así pues, coexistían sentimientos de hostilidad y de veneración hacia el rey. La inclinación hostil era reprimida a través de una prohibición porque, de ser satisfecha, no habría posibilidad del gobierno del rey. Entonces, podría decirse que la prohibición resulta de las inclinaciones del sujeto: aquello que es tabú son sus principales impulsos. Sin embargo, ¿cómo hace la sociedad para mantener a raya a todos esos sujetos queriendo transgredir el tabú? Es necesario postular la idea de que también el sujeto ejerce sobre sí mismo ese control (una “represión interna”) que la sociedad busca ejercer en todos. De ser una imposición, pasa a ser una disposición. Esto no opera en lo racional, esto no es consciente, pues el sujeto desconoce los motivos “internos” que le impiden trasgredir una prohibición, aunque conoce claramente la prohibición social.

Ahora, es necesario aclarar que (al igual que la pulsión) la prohibición es posible solamente desde el lenguaje y solamente se puede dirigir a seres hablantes. Así, la prohibición le impone un tropiezo al sujeto: sin ella, podría ir en la dirección de su impulso. Sobreviene, entonces, con la ley, el malestar del sujeto que, no obstante, puede estar de acuerdo con dicha ley. De modo que, la prohibición está destinada a inhabilitar las pulsiones (esto no quiere decir que lo logre del todo); sin la prohibición, la pulsión podría satisfacerse y caería el vínculo social: la hostilidad se concretaría en agresión, la inclinación sexual buscaría usar fragmentariamente del otro, etc. Una vez impuesta la prohibición, parece ser que la única posibilidad para el sujeto fuera reprimir aquello que no puede satisfacer, pues, si no lo hiciera, implicaría un displacer para él, ya que pondría en riesgo el lazo con el otro.

La prueba de que la pulsión es reprimida y no cancelada es que la prohibición siempre se mantiene. La existencia de dos sentimientos opuestos hacia un mismo objeto demuestra que el sujeto opera sobre la base de estas dos instancias: pulsión y prohibición. La conducta ambivalente del sujeto frente a los preceptos tabú evidencia que la pulsión, que busca el placer originario de violar un precepto tabú, no desaparece; por el contrario, persiste y obliga a la prohibición a estar continuamente reprimiendo la pulsión. Así, para Freud no hay “sujeto unificado”, hay sujeto dividido. En la medida que ambas cosas (pulsión y prohibición) no están al alcance de la razón, de la conciencia, Freud sugiere, entonces, la idea de un sujeto más complejo.

Se exteriorizó un intenso placer. Luego sobrevino la prohibición desde fuera para contrariar el placer, la prohibición demostró ser más fuerte que la pulsión, pero la prohibición no logra cancelar a la pulsión, el resultado fue solo reprimir a la pulsión, al placer del contacto y desterrarla a lo inconsciente (Freud, 1913, pág. 37).

De esta manera, Freud dirá que el origen de las prohibiciones tabú es desconocido, porque opera sobre las bases de una pulsión que ahora es inconsciente, Pero, ¿por qué es inconsciente?

En primer lugar, ya he dicho que si la pulsión se encontrara en la conciencia, el sujeto sabría de su existencia (y la decisión frente a ella sería “racional”). Lo que aparece en lo consciente es más bien una justificación fallida (por eso persiste la ambivalencia de sentimientos) de portar un impulso del que no se sabe, unas inclinaciones inexplicables, unas prohibiciones encarnadas.

En segundo lugar, en lo inconsciente se encuentra lo que el sujeto reprime en la medida en que satisfacer la pulsión es inaceptable, a causa de valoraciones morales que la sociedad impone. Así, las pulsiones se reprimen pero no desaparecen; lo prueba la existencia de una fuerza represora que viene de fuera (prohibición) e intenta no dejar paso para la fuerza reprimida. La psiquis del sujeto queda dividida en estas dos partes: lo reprimido (pulsión) y la fuerza represora (prohibición). La existencia de la ambivalencia de sentimientos prueba que estas dos instancias coexisten y no operan desde el mismo lugar: la pulsión empuja al sujeto y exige su satisfacción, mientras que la prohibición impide que la pulsión sobrevenga consciente.

En tercer lugar, aunque se reconoce que la prohibición existe y se exige a causa de la existencia de la pulsión, en principio fue la prohibición la causa de la pulsión. Por ejemplo, la prohibición

del incesto: “En esta ley lo primero no es el incesto, puesto que antes de la interdicción solo hay sexualidad anárquica: la prohibición crea el incesto” (Kaufmann, 1996, pág. 145). De tal manera, la prohibición aparecería no tanto para favorecer el vínculo social, sino para *crearlo*. Y claro que mientras integra aspectos del sujeto, también deja fuera otros aspectos que no pueden existir libremente porque desintegran lo social (agresión, perversión, hostilidad); así, aquello que deja fuera la prohibición es lo que constituye las pulsiones del sujeto, él va a desear aquello que es prohibido. En tal sentido, la prohibición delimita un campo para el sujeto: una vez impuesta, el sujeto va a desear aquello a lo que no puede acceder, pues el deseo, es deseo de algo que no se tiene. Así pues, cuando la prohibición expulsa dichos aspectos del sujeto no lo hace hacia fuera sino hacia dentro del sujeto (en lo inconsciente), por eso ahora sobreviven de otra forma, se convierten en deseos inconscientes que buscan acceder a la conciencia y exigen su satisfacción.

En este sentido, el fundamento de las prohibiciones tabú es un deseo que fue expulsado hacia lo inconsciente, un obrar prohibido para el que se tiene una intensa inclinación en lo inconsciente. Es decir, aunque las prohibiciones sean enunciados dirigidos al sujeto de la razón, pues operan desde la conciencia del sujeto, también operan sobre las bases de los contenidos inconscientes, a saber: los deseos reprimidos del sujeto. No obstante, parte de la prohibición puede incluirse en el inconsciente en la medida en que no siempre el sujeto es consciente de sus propios juicios morales y de la implicación de dichos juicios en su vida psíquica y en su conducta.

Ahora, la conducta ambivalente de los primitivos es entendida por Freud gracias a su similitud con la naturaleza de la neurosis. La clínica psicoanalítica ha descubierto que el neurótico, por un parte, desea realizar una acción que busca la satisfacción; y, por otra parte, actúa como alguien que teme realizar una acción y se impone a sí mismo castigos por temor a herir a sus semejantes. En la neurosis obsesiva existe una actitud ambivalente: el neurótico teme realizar una acción y al mismo tiempo busca la satisfacción de la pulsión. Se autocastiga, se angustia o tiene acciones obsesivas porque entran en conflicto la prohibición y la pulsión.

Un ejemplo de lo anterior es el complejo paterno del niño: el niño, ama y admira a su padre, le atribuye una plenitud de poder; pero pronto entra otro lado de esta relación de sentimiento, pues también el padre es comprendido como el creador de una gran desconfianza y temor, que se enlaza con su alta estimación. Existen dos sentimientos que coexisten uno junto al otro: el sentimiento tierno y de admiración, por un lado, y el sentimiento hostil y de temor hacia el padre,

por el otro; sin que ninguno de los dos pueda cancelar al otro. Para poder socializarse, el sujeto reprime las tendencias hostiles hacia el padre, pero éstas no desaparecen y, una vez reprimidas, producen efectos inconscientes que se interpretan de alguna manera en la conciencia: angustia, complejos, delirio de persecución, etc.

La conducta ambivalente también se puede evidenciar en los casos de amor y odio. La hiper-ternura es uno de estos casos donde se puede comprobar un conflicto entre dos sentimientos opuestos hacia un mismo objeto. Por un lado, permanece una ternura dominante y consciente, mientras que, por otro lado, existe un sentimiento hostil, contrario, que permanece en lo inconsciente. Lo importante en la existencia de estos dos sentimientos es que esa hostilidad puede manifestarse mediante la hiper-ternura, que se exterioriza como un estado de angustia; sólo de este modo podría mantenerse en lo inconsciente. El sentimiento de hostilidad queda reprimido e inconsciente y la hiper-ternura permanece consciente y logra exteriorizarse. Por ejemplo, es el caso entre cónyuges, donde se presenta una actitud de veneración, un amor asfixiante en el que el odio puede estallar en el momento en que alguno decida terminar la relación con el otro.

De tal modo, el sujeto tiene continuamente una conducta ambivalente, dos opuestos que siempre se hallan: pulsión-prohibición, amor-odio. La pulsión y la prohibición coexisten y ninguna desaparece, pues, de un lado, la pulsión exige la necesidad de la prohibición y, de otro lado, si no hay prohibición y la pulsión se satisface, se rompe el vínculo social. Así, el sujeto debe siempre reprimir las pulsiones que no benefician el encuentro social. La neurosis demuestra que no poder satisfacer la pulsión debido a la prohibición, trae consigo un malestar para el sujeto, pues en la neurosis es evidente un conflicto constante entre pulsión y prohibición. Justamente por eso, la normalidad no es posible para el sujeto freudiano, pues dicho conflicto siempre delimita las posibilidades de realización para el sujeto.

Así, la conducta ambivalente en las prohibiciones tabú y su compatibilidad con las conductas en la neurosis obsesiva demuestran que la prohibición viene de fuera, pero opera desde dentro del sujeto. Es una operación en la cual las pulsiones del sujeto se reprimen, pero se resisten a la prohibición, pues siguen provocando comportamientos inconscientes en el sujeto. Así, desde el estudio del psiquismo individual, Freud encuentra una explicación a las estructuras sociales que se comportan bajo el sistema de prohibición.

Ahora bien, la eficacia de la prohibición es que el castigo opera desde el interior del sujeto. Frente a la violación de una prohibición tabú, el castigo no sólo es público, sino que también ocurre en el interior del sujeto, pues éste se aterroriza ante su acción consumada, parece como si tuviera conciencia moral del delito cometido. “No hacen falta amenazas externas de castigo porque existe un reaseguro interno (una conciencia moral), que al violar la prohibición como resultado llegaría una desgracia insoportable” (Freud, 1913, pág. 35).

Freud encuentra allí una identidad entre las prohibiciones del tabú y la conciencia (moral y de culpa). La conciencia que opera sobre el tabú es, quizás, la forma más antigua de la conciencia moral.

La conciencia moral de los preceptos tabú es la prohibición misma del tabú, es el mandamiento bajo el cual operan las prohibiciones del tabú, es la percepción interior del sujeto que le permite desestimar determinados impulsos existentes en él; además, dicha desestimación no necesita invocar ninguna otra cosa, porque es cierta desde sí misma. La conciencia de culpa es lo que se produce tras la violación del precepto tabú, es la percepción de que existe un juicio interior contrario frente a aquellos actos mediante los cuales se consuman determinados deseos.

Si el sujeto satisface la pulsión, sobreviene una conciencia de culpa que satisface la prohibición. La violación de la prohibición origina un horrorizado sentimiento de culpa al sujeto que, al igual que la prohibición, parece evidente en sí mismo, aunque su origen sea desconocido. De esta manera, se podría decir que la conciencia moral es un resultado de la conducta ambivalente del sujeto, una de las partes de la oposición es inconsciente (pulsión), que se mantiene reprimida, y la otra gobierna compulsivamente (conciencia del culpa).

En el neurótico se evidencia la existencia de la conciencia moral: cuando cumple un deseo, genera un juicio, pues tiene conciencia, pero reprueba la acción consumada y, entonces, sobreviene la conciencia de culpa. Así, la conciencia moral es un síntoma reactivo frente a la tentación localizada en lo inconsciente y que, al agudizarse, desarrolla rasgos de la conciencia de culpa. Por esta razón, la conciencia de culpa es, en buena parte, de naturaleza angustiante, porque es un producto de los deseos que se desconocen: inconscientes.

Retomando, la pulsión opera desde lo inconsciente (reprimida) y la prohibición permanece consciente (aunque también echa raíces inconscientes) y siempre se mantiene. El sujeto, según

Freud, queda dividido —de acuerdo con lo anterior— entre la conciencia y lo inconsciente, de un lado, y entre impulsos inconscientes contrarios. La actividad de la conciencia se tropieza entonces con la actividad de lo inconsciente; éste último muestra su actividad en la psiquis del sujeto a través de síntomas que encuentran una explicación más asertiva desde la operación de lo inconsciente. Por ejemplo, cuando el sujeto busca la satisfacción de las pulsiones, pero éstas son reprimidas y, entonces, al seguir desempeñando un papel fundamental en él, se producen sueños, lapsus, operaciones fallidas, etc.; asimismo, cuando se evidencia un conflicto entre pulsión y prohibición, como en el caso de las neurosis (histeria, obsesión), de la fobia, etc.

En este sentido, la pulsión es inconsciente y la prohibición consciente; no ocupan el mismo lugar en la psiquis del sujeto, lo cual implica que las pulsiones sean, en su mayoría, desconocidas y olvidadas por el sujeto, pues permanecen inconscientes. Por tal motivo, en algunos casos, cuando el sujeto obtiene el placer de una pulsión, aunque él no hubiera intervenido en su realización, puede llegar a experimentar un estado de angustia acrecentada. Es el caso del tabú de los primitivos hacia los muertos: tenían prohibido pronunciar el nombre del difunto y temían entrar en contacto con él, debían realizar un culto que ayudaba a apaciguar el alma del difunto, “ellos, en efecto, no ocultan que tienen miedo a la presencia y al retorno del espíritu del fallecido; practican multitud de ceremonias para mantenerlo alejado, para expulsarlo” (Freud, 1913, pág. 63). No se sentían seguros frente al asedio del muerto hasta que no realizaban una serie de ritos o ceremoniales.

Los primitivos tienen miedo por el muerto pues, según ellos, el alma puede devenir como demonio y atacarlos. Por eso, no pronuncian su nombre, porque piensan que están incitando su aparición. Sin embargo, suponer que el muerto puede devenir como demonio o espíritu es una proyección de las mociones de sentimiento del primitivo. Ellos desconocen que abrigan sentimientos hostiles hacia el muerto amado, pero registran en lo inconsciente la satisfacción por la muerte de aquella persona, y entonces se defienden de la hostilidad desplazándola sobre el objeto hostil (el muerto). Así, los primitivos tienen miedo del muerto porque para ellos ahora es hostil, por eso se protegen de su hostilidad con preceptos tabú.

Freud introduce el concepto de proyección para explicar el miedo de los sobrevivientes hacia los muertos. La proyección es un mecanismo de defensa, mediante el cual el sujeto desplaza el placer de la satisfacción de la pulsión hacia el objeto, e ignora su propia satisfacción, que no

puede ser reconocida por el sujeto, porque olvida la existencia de dichos sentimientos, pulsiones o deseos. En el caso del tabú a los muertos, el primitivo satisface sus sentimientos hostiles hacia el muerto amado/odiado y expresa un carácter punitivo y de arrepentimiento que se exterioriza en el hecho de tener miedo.

De esta manera, el tabú a los muertos es un efecto de la oposición entre el dolor consciente y la satisfacción inconsciente ante la muerte del otro. Se puede decir que el tabú hacia estados desconocidos por el sujeto (la muerte) opera sobre la base de la conducta ambivalente.

En la neurosis obsesiva también se encuentra el mismo conflicto de ambivalencia. El neurótico, tras la muerte de la persona amada, reacciona con reproche contra ese deseo inconsciente, pues no le disgusta esa muerte. “Esta hostilidad escondida en lo inconsciente tras un tierno amor existe en casi todos los casos de ligazón intensa del sentimiento a determinada persona; es el ejemplo clásico, el arquetipo de la ambivalencia de las mociones de sentimiento de los seres humanos” (Freud, 1913, pág. 66). De esta forma, tras la muerte de la persona amada, el neurótico tiene dos sentimientos encontrados: hostilidad-satisfacción, amor-duelo. La hostilidad es, en su mayor parte, inconsciente porque fue reprimida para poder hacer lazo con el otro amado.

Cuando la persona muere, se actualiza dicho conflicto entre amor y odio. Pero el sujeto no puede aceptar que, tras la muerte de una persona amada, se esconda un sentimiento de satisfacción; por eso, recurre a la proyección para resolver el conflicto. De manera que, la hostilidad sigue inconsciente y el sujeto la proyecta fuera de él, en el cuerpo del muerto que ahora es peligroso; por eso, tiene miedo a ser castigado por el muerto, que ahora es hostil, precisamente por eso. “La proyección sirve para tramitar un conflicto de sentimiento; y halla igual aplicación en gran número de situaciones psíquicas que conducen a la neurosis” (Freud, 1913, Pág. 69).

Así, la hostilidad inconsciente es el motivo pulsionante que, tras la muerte del ser amado, se exterioriza por vía de la angustia acrecentada (en el caso de neurosis obsesiva), o por el temor al muerto (en los primitivos).

La base para que se forme una prohibición es una moción maligna —un deseo de muerte— hacia una persona amada. Es reprimida por medio de una prohibición; esa se anuda con una cierta acción que tal vez subroga, por desplazamientos, a la acción hostil hacia la persona amada; y ejecutar esa acción supone el castigo de muerte. Pero el proceso sigue adelante y el

originario deseo de muerte hacia el otro amado es originario y sustituido por la angustia de que se muera (Freud, 1913, pág. 77).

A través de su clínica, Freud logra evidenciar, en los sueños de las persona sanas, que la tentación de matar a otro es mucho más intensa de lo que se podría sospechar; aunque no se anuncie a la conciencia, en los neuróticos obsesivos esta tentación sí asegura unos autocastigos y reaseguros frente al reforzado impulso de matar. Dichos hechos inconscientes, que no se anuncian a nuestra conciencia, desempeñan un papel fundamental en el sujeto, pues producen la conducta ambivalente. No obstante, aunque Freud encuentra una similitud entre los sentimientos de ambivalencia de los primitivos y el sujeto de su época, reconoce que en los primitivos estos sentimientos son más claros y fáciles de evidenciar; y se diferencian entre sí por varias razones:

En primer lugar, porque el tabú participa en un mayor grado de la presencia de ambivalencia de sentimientos; en su misma definición, el concepto evidencia su ambivalencia, cuando se define como algo que participa, al mismo tiempo, de lo impuro y de lo sagrado.

En segundo lugar, porque cuando el primitivo viola un tabú, el castigo es aplicado sobre él mismo; mientras que, si el neurótico lo viola, otro será quien sufre el castigo, generalmente un ser allegado y no él mismo. El neurótico se comporta de forma altruista (en lo consciente), pues no quiere hacer algo prohibido, por miedo a que sufra otra persona.

En tercer lugar, se diferencian porque en la neurosis, la prohibición recae sobre pulsiones sexuales; mientras que, en los primitivos, la prohibición no tiene solo un significado sexual sino también el de apoderarse, hacer valer su persona sobre los otros: dominar. Así, la neurosis es por esencia a-social, porque el sujeto se refugia en una realidad fantaseada. La neurosis, en su esencia, ocurre únicamente en la psiquis del sujeto:

Lo decisivo para la formación del síntoma no es la realidad objetiva del vivenciar, sino la del pensar. Los neuróticos viven en un mundo particular (...) en ellos solo es eficaz lo pensado con intensidad, lo representado con efecto, mientras que es accesoria su concordancia con la realidad objetiva exterior (Freud, 1913, pág. 90).

De las anteriores explicaciones, se puede deducir que el sujeto freudiano está sometido por el continuo conflicto entre la pulsión y la prohibición, lo cual genera una conducta ambivalente hacia una acción sobre un objeto. “Quiere realizar una y otra vez esa acción —el contacto— [ve

en ella el máximo goce, mas no tiene permitido realizarla], pero al mismo tiempo aborrece de ella” (Freud, 1913, pág. 37). La oposición entre pulsión y prohibición no puede ser suavizada, porque ambas están localizadas en diferentes “sitios” de la psiquis del sujeto; de tal forma, que no pueden encontrarse, pues la prohibición es consciente y la pulsión permanece inconsciente y, por lo tanto, el sujeto nada sabe acerca de ella.

Así, el sujeto en Freud está destinado a padecer del síntoma (conflicto entre las pulsiones y las prohibiciones). Tanto la prohibición como la pulsión se conservan, pues la pulsión sólo está reprimida, no cancelada, destinada a la condición de inconsciente. Y la prohibición no puede desaparecer porque, sin ella, la pulsión se abriría paso a la conciencia, se pondría en ejecución y se rompería el vínculo social.

Por una parte, la prohibición no puede ser atacada por el sujeto porque la represión (como olvido o amnesia) hace que los móviles de la prohibición permanezcan desconocidos, y el sujeto no pueda hacer nada —intelectualmente hablando— para atacarla, pues la prohibición “debe su intensidad —su carácter obsesivo— justamente al nexo con su contraparte inconsciente, el placer no ahogado que persiste en lo escondido; le debe, pues, a una necesidad objetiva interna en la que falta toda intelección conciente” (Freud, 1913, pág. 38).

Por otra parte, la pulsión no puede ser satisfecha porque a cada nuevo empuje de la pulsión reprimida, la prohibición responde haciéndose más severa. Sin embargo, la pulsión se desplaza constantemente con el fin de escapar al bloqueo en que se encuentra, y procura encontrar objetos o acciones sustitutivas para lo prohibido (sueño, lapsus, síntoma, etc.).

Lo anterior es denominado por Freud proceso de *desplazamiento*: la pulsión no se aniquila, sino que busca siempre una forma de satisfacerse. Por eso, no necesita haber nacido allí donde se halla su exteriorización; su origen puede ser de algún lugar totalmente diverso del que se encuentra y puede obedecer a otras relaciones, personas u objetos, pero llega por el mecanismo de desplazamiento allí donde llama la atención del sujeto. Así, los procesos inconscientes son indestructibles e incorregibles; pueden sobrevivir desde épocas más tempranas y aparecer después: “los procesos psíquicos de lo inconsciente no son por entero idénticos a los que tenemos concebidos por nuestra vida anímica conciente, sino que gozan de ciertas libertades notables que han sido quitadas a estos últimos” (Freud, 1913, Pág. 75).

Por tal razón, el sujeto está en el conflicto entre pulsión y prohibición, las conserva ambas, sin que una pueda aniquilar a la otra. Así, en cada sujeto la conducta ambivalente se presenta en un menor o mayor grado; se puede afirmar que es constitucional, hace parte de la condición humana. El sujeto es, entonces, el resultado de lo que ocurre con sus pulsiones y lo que hace con ellas, a partir de las prohibiciones. Por eso, para Freud es tan importante estudiar la instancia psíquica inconsciente pues, desde allí, el sujeto puede saber un poco acerca de sus pulsiones, conocer su verdad e intentar hacer algo con el conflicto que padece, aliviar un poco el síntoma.

Ahora bien, las prohibiciones tabúes más antiguas, y que rigen en el sistema social totémico³⁷, son dos: no matar al animal totémico y evitar el comercio sexual con los miembros del mismo clan. Teniendo en cuenta lo anterior, se podría asegurar que estas prohibiciones tabú son los anhelos más antiguos e intensos de los seres humanos. Por lo tanto, para Freud, el incesto no es rechazado por el sujeto; por el contrario, existe un impulso hacia el incesto.

La ley sofoca esta pulsión y su fundamento es que satisfacer las pulsiones incestuosas perjudica a la sociedad: “la ley solo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esfuerzo de sus pulsiones” (Freud, 1913, pág. 126). Así, el incesto es prohibido y castigado por la ley social, porque la naturaleza misma no lo prohíbe ni lo castiga.

Para Freud, “las primeras mociones sexuales del individuo joven son, por regla general, de naturaleza incestuosa, y que esas mociones reprimidas desempeñan, como fuerzas pulsionales de neurosis posteriores, un papel que no se puede subestimar” (Freud, 1913, pág. 126). La neurosis muestra que las mociones pulsionales incestuosas siguen desempeñando un papel fundamental.

Así, hacia el incesto no hay una repugnancia innata, sino más bien inclinación. Este impulso desempeña un lugar importante para la constitución del psiquismo individual y de la sociedad. A continuación describo la importancia del incesto en dicha construcción, igualmente la importancia del otro precepto tabú más antiguo: no matar al animal totémico.

³⁷ El totemismo es una organización social que define los lazos familiares de un grupo de personas que pertenecen a una misma imagen totémica, la cual representa la unión de un grupo más allá de los lazos consanguíneos: “Los nombres de parentesco que (...) se dan entre sí no necesariamente indican su parentesco consanguíneo, como debería ser según nuestro uso lingüístico; designan unos vínculos sociales antes que físicos” (Freud, 1913, pág. 169). En dichos grupos primitivos se puede rastrear la práctica de la exogamia y el horror al incesto, características que posibilitaron el desarrollo de su organización social.

3.6 Complejo de Edipo

Freud recupera la tragedia *Edipo rey* de Sófocles como parte de un esquema universal que permite explicar el surgimiento de la organización social totémica. Para entender el origen y lugar que Freud otorga a la tragedia de Edipo en psicoanálisis, es pertinente abordar las dos prohibiciones más antiguas que permitieron el desarrollo del totemismo y pertenecen a la organización del sujeto, a saber: la prohibición del incesto y la prohibición de matar al animal totémico³⁸.

En cuanto a la prohibición del incesto (exogamia), ya se había mencionado que, para Freud, existía una inclinación hacia el incesto y no una repugnancia, como suponen algunos. Empero, si el sujeto tiene pulsiones incestuosas, ¿por qué existe horror al incesto?, ¿por qué se prohíben con tanta rigurosidad las relaciones sexuales incestuosas?

No se entiende bien por qué un instinto humano de profundas raíces necesitaría reforzarse por medio de una ley. No existe ley alguna que prohíba a los seres humanos comer y beber, o les prohíba meter sus manos en el fuego. Los seres humanos comen y beben, y mantienen sus manos alejadas del fuego, instintivamente, por angustia ante unas penas naturales, y no legales, que se atraerían si violaran esas pulsiones (Freud, 1913, pág. 126).

Así, para Freud existe, en principio, pulsión incestuosa y no horror hacia el incesto. Desde la tragedia de Edipo, Freud entenderá por qué el sujeto se siente horrorizado ante el incesto. Pero antes es pertinente explicar, de un lado, la manera como llegaron los hombres primitivos a darse nombres de animales; y, de otro, la razón por la cual tienen prohibido matar al tótem. Para explicarlo, Freud supondrá que hace mucho tiempo hubo un acontecimiento primordial, a partir del cual se puede deducir el horror al incesto y la prohibición de matar al animal totémico.

Con respecto a la tradición de los primitivos de adjudicarse nombres de animales e identificarse con ellos, Freud encuentra —desde su práctica clínica— una similitud entre dicha costumbre y las zoofobias de los niños: éstos se interesan por animales y se sienten identificados con ellos más que un adulto; y, al mismo tiempo, desarrollan fobias hacia aquellos animales. Desde muy temprana edad, los niños tienen una actitud ambivalente hacia un animal: se identifican con él

³⁸ En los primitivos, por regla general, el tótem era representado por un animal (salvaje, domestico, inofensivo), el cual mantenía un vínculo particular con la estirpe entera. Ellos se sentían representados por el animal y tenían prohibido matarlo, pues muchos de ellos consideraban que descendían de él; por lo cual, procuraban parecerse al animal y adorarlo (como un dios).

pero, al mismo tiempo, le temen. El comportamiento de los niños hacia el animal es un deseo y un temor desmedido: desean el animal, y por eso quieren identificarse con él; y, al mismo tiempo, le temen porque es peligroso, según ellos.

A partir del análisis clínico Freud pudo mostrar que tales animales eran realmente representaciones del padre para el niño: “la angustia se refería en el fondo al padre cuando los niños indagados eran varones, y solo había sido desplazada al animal” (Freud, 1913, pág. 130). La conducta ambivalente del niño hacia el animal es equivalente a la conducta del niño hacia el padre, pues el niño odia y siente temor hacia al padre y, a su vez, lo ama y admira. El sentimiento de odio es producto de la rivalidad proveniente del deseo hacia la madre; y, el sentimiento de amor, es producto de la admiración que suscita el padre. El odio no puede mostrarse desinhibido en la vida del niño, porque tiene dichos sentimientos: amor y admiración.

Para solucionar el conflicto, el niño desplaza los sentimientos hostiles y la angustia que produce el padre hacia el animal. En su texto *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, analizando el caso “Juanito”, Freud evidencia claramente dicho conflicto. Brevemente se puede decir que, a partir de ese caso, se ejemplifica mejor la concordancia entre la fobia de los niños y la representación del padre. Juanito sentía fobia hacia un caballo:

Era una angustia ante el caballo, a consecuencia de la cual el niño se rehusaba a andar por la calle. Exteriorizaba el temor de que el caballo entrara en la habitación y lo mordiera. Se averiguó que sería el castigo por su deseo de que el caballo cayera (muriera). Después que mediante reaseguramiento se le quitó la angustia ante el padre, le ocurrió batallar con deseos cuyo contenido era la ausencia (viaje, muerte) del padre. Según lo dejaba conocer de manera hipernítida, sentía al padre como un competidor en el favor de la madre, a quien se dirigían en oscuras vislumbres sus deseos sexuales en germen. (...) el niño desplaza una parte de sus sentimientos desde el padre hacia el animal (...).

Es inequívoco que el pequeño Hans no sólo tiene angustia ante los caballos, sino también respeto e interés por ellos. Tan pronto como su angustia se mitiga, él mismo se identifica con el animal temido, galopa como un caballo y ahora es él quien muerde al padre (Freud, 1913, pág. 131-132).

Ahora bien, los miembros del clan totémico consideran al animal como su antepasado y padre primordial; y, tienen una conducta ambivalente hacia él: lo odian y, por eso, lo matan (en

sacrificios); pero también lo aman y, por eso, es llorado. Freud encuentra dos rasgos comunes entre las zoofobias y el totemismo: la plena identificación con el animal-padre (producto del deseo de ser como él) y la conducta ambivalente de sentimientos hacia él, pues tanto padre como tótem son, a la vez, temidos y amados.

Así, Freud va a reemplazar y considerar que el animal totémico es, en principio, el sustituto del padre; el tótem, para Freud, es el padre. Desde este punto, encontrará una explicación sobre los dos preceptos tabú más antiguos y que rigen en el sistema totémico: no matar al tótem y no tener relaciones sexuales con ninguna mujer que pertenezca a él. Dichas prohibiciones coinciden por su contenido con los crímenes cometidos por Edipo (quien mató a su padre y tomó por mujer a su madre) de manera que Freud dirá que el sistema totémico resulta de las condiciones del complejo de Edipo.

Sin embargo, aún no es claro por qué está prohibido matar al tótem. Tal acontecimiento tiene relación con una hipótesis que Freud toma de Darwin, según la cual los monos superiores vivieron en hordas, dirigidos por un jefe que acaparaba a todas las hembras y que, por celos, impedía la sexualidad dentro de la horda y expulsaba a los demás monos. No obstante, este tipo de sociedad primitiva no ha sido observada, lo que se halla son sociedades dirigidas por varones y con restricciones totémicas.

Al remitirse al totemismo, Freud va a decir que “un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna” (Freud, 1913, pág. 143). Los hermanos se unieron para darse fuerza y matar al jefe de la horda, quien era muy severo y celoso; luego, “en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él” para que cada uno tuviese la fuerza del padre. Al matar al padre, la horda que él comandaba es reemplazada por el clan de hermanos, que se reasegura mediante al lazo de sangre.

A través de dicha hazaña, los hermanos satisficieron el odio que sentían por el padre y, al mismo tiempo, su deseo de identificarse con él. Odiaban al padre, porque era un impedimento para sus exigencias sexuales y la necesidad de poder, pero también lo amaban y admiraban. Nuevamente, coexistían dos sentimientos ambivalentes: odiaban al padre y lo admiraban; por eso, querían ser como él, sentían el deseo de devenir como padre.

Un proceso como la eliminación del padre primordial por la horda de hermanos dejó huellas en la historia de la humanidad, pues, una vez asesinado el padre, sobrevino el sentimiento de culpa y el arrepentimiento, porque el padre también era amado y admirado. Por tal razón, después del asesinato, el padre siguió desempeñando un lugar en las prohibiciones del sistema totémico.

Forzosamente se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas entretanto. Aconteció en la forma de arrepentimiento; así nació una conciencia de culpa que en este caso coincidía con el arrepentimiento sentido en común. El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida; todo esto, tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos (Freud, 1913, pág. 145).

Lo que antes el padre había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de arrepentimiento por la conciencia de culpa. Desde la conciencia de culpa de los hermanos, se crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo: de un lado, no matar al animal totémico (equivalente del padre); y, de otro lado, la prohibición del incesto, pues todos renunciaron a las mujeres del clan ya que creaban rivalidades entre los hombres y fueron la causa por la cual había sido eliminado el padre.

La primera prohibición tiene un valor ético y un simple sentimiento: el arrepentimiento por el crimen cometido, por el afán de los hijos por ponerse en el lugar del padre. La segunda prohibición tiene un valor práctico: prohibir el comercio sexual, impedir el riesgo de otro padre tirano y celoso, por eso el sujeto se siente horrorizado ante el incesto. De manera que, dichas prohibiciones coinciden, necesariamente, con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo. Así, éste hace parte de un esquema universal que explica el surgimiento de la organización social y religiosa totémica. El sistema totémico surge de la conciencia de culpa de los hijos varones, fue un intento de apaciguar la culpa y el nombre del padre asesinado, mediante la obediencia de efecto retardado³⁹. El totemismo, es entonces producto de la prohibición de los deseos primarios y más apetecidos del sujeto que, una vez llevados a cabo, fueron prohibidos por el efecto de la conciencia de culpa y el arrepentimiento, pues dichos deseos recuerdan el asesinato del padre y su realización perjudicaría el vínculo social.

³⁹ El padre muerto se volvió más fuerte de lo que era en vida, aquello que él prohibía, todos lo acataron tras su muerte.

El desarrollo de la organización social puede explicarse a partir de la tragedia de Edipo, pues la horda de hermanos mató al padre y deseaban las mujeres que le pertenecían. A partir del parricidio, se crearon las prohibiciones más antiguas que dan lugar a la posibilidad de vivir en sociedad. De esta forma, el surgimiento de las organizaciones sociales y las prohibiciones tabú se corresponden en un punto concreto: la existencia de sentimientos ambivalentes hacia el padre (agresión y amor... que producen asesinato y arrepentimiento).

Ahora bien, el banquete totémico es, para Freud, una prueba de que sucedió dicho acontecimiento. Todo clan sacrifica animales como una forma de conciliación. Los primitivos sacrificaban al animal totémico, el cual era considerado un alimento para el dios y sus adoradores; se trataba de un lazo de unión que debía repetirse siempre. Matar al animal era una muestra de sacrificio u ofrenda que debía realizarse por todos, pues estaba prohibido la matanza individual, era un acto que solo podía realizarse en conjunto.

La responsabilidad por matar al animal totémico era asumida por todos los miembros de la organización social, y se consideraba que, al consumir la sangre del animal, ella pertenecía al propio clan. Después de la acción consumada (la matanza) venía un festejo y se dejaban librar muchos rituales e impulsos, “el banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión” (Freud, 1913, pág. 144). Así pues, el originario sacrificio del animal era ya un sustituto del sacrificio humano, del parricidio cometido.

De esta manera, Freud explica que los dos tabúes propios del totemismo (la prohibición del incesto y no matar al tótem) eran la prohibición de los dos deseos edípicos, normalmente reprimidos; así, pudo afirmar que el complejo de Edipo era la condición del totemismo y que era universal, puesto que traducía las dos grandes prohibiciones fundantes de todas las sociedades humanas. Igualmente, a partir del asesinato del padre, pudo mostrar que los primeros preceptos morales y prohibiciones de la sociedad primitiva eran una reacción frente a un crimen.

La sociedad descansa ahora en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común; la religión, en la conciencia de culpa y el arrepentimiento consiguiente; la eticidad, en parte en las necesidades objetivas de esta sociedad y, en lo restante, en las expiaciones exigidas por la conciencia de culpa (Freud, 1913, pág. 148).

Paradójicamente, la sociedad comienza con un crimen, es el asesinato del padre el que adquiere mayor poder; es a él al que los hijos obedecen, no tanto por un sentimiento de temor hacia el padre sino por el sentimiento de la falta cometida. Como dice Freud, es una obediencia de efecto retardado, producto de un sentimiento de culpabilidad derivado del vínculo ambivalente con el padre quien es a la vez admirado, odiado y temido. Así, la renuncia a lo pulsional (el sujeto reprime la pulsión incestuosa y la pulsión hostil) permite formar la sociedad; se puede decir, entonces, que con el asesinato del padre se inicia el orden social, o mejor: que la primera forma de organización social (el totemismo) surge con el asesinato del padre.

Ahora, el parricidio no solo permite explicar el surgimiento del totemismo sino también el origen de la comunidad cristiana, pues allí hallamos la eliminación del padre, la repetición del crimen que debía expiarse. De esta manera, Freud construyó su propio mito⁴⁰ para explicar la prohibición del incesto y el surgimiento de la sociedad, presentándolo como algo que realmente había sucedido. Así, el complejo de Edipo aparece como el principio de la cultura: proceso mediante el cual el ser humano renunció a su satisfacción pulsional y reconoció la existencia de la prohibición:

El complejo de Edipo no puede reducirse a una situación real, (...) Su eficacia proviene de que hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley (...) (Laplanche & Pontalis, 1993, pág. 65).

Ahora bien, como ya se había mencionado al principio del capítulo, la tragedia de Edipo es también para Freud una historia que se repite en la vida individual de cada sujeto. A través de la clínica, Freud evidenció que el complejo de Edipo es un fenómeno central en la infancia, pues su represión permite formar el superyó⁴¹.

⁴⁰ Miller y otros autores dicen: "...Tal como hubo mito para explicar cómo había nacido el fuego, porque existen la tierra, y el cielo, y los hombres y las mujeres, el mito de Edipo no era más que, en el psicoanálisis mismo, una manera de explicar por qué había algo roto en el goce, y por eso se cuenta que fue por culpa de la prohibición..." (1992, pág. 40).

⁴¹ "Es una de las instancias de la personalidad, descrita por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la autoobservación, la formación de ideales, como funciones del superyó (...) Clásicamente el superyó se define como el heredero del complejo de Edipo; se forma por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales" (Laplanche & Pontalis, 1993, pág. 419).

Antes de explicar esta característica es pertinente aclarar que el complejo de Edipo se resuelve en el inconsciente. La atracción incestuosa hacia el progenitor del sexo opuesto y el sentimiento hostil hacia el progenitor del mismo sexo son inconscientes. Dicha característica se debe a que los dos deseos edípicos deben ser reprimidos a causa de la prohibición.

El complejo de Edipo permite la formación del superyó. El padre es, también en esta ocasión, un factor determinante en la organización del sujeto, pues es quien pone límite al deseo del niño. Es el padre quien intimida el deseo sexual del niño, ya que dicho deseo se dirige a un objeto que le es prohibido (la madre). Así, el padre se presenta como el oponente de los intereses sexuales del niño.

Una vez sobrevienen al niño los deseos característicos del complejo de Edipo (incesto y parricidio), el padre no deja que estas dos cosas se lleven a cabo: prohíbe el incesto y el niño debe cambiar de objeto de atracción (debe reprimir sus aspiraciones incestuosas); entonces, se introduce la autoridad del padre y se forma el núcleo del superyó. Así, el padre es quien impone la prohibición del incesto; las aspiraciones del niño son reprimidas debido a la angustia de castración⁴², para conservar su virilidad, el niño renuncia al deseo de poseer a la madre y eliminar al padre.

En ese sentido, el padre, interviene como el privador de la madre (el objeto de deseo) ante el niño; lo anterior, permite la formación del superyó, pues se va a instaurar en la psiquis del niño la ley de prohibición. El niño comprenderá que *así como el padre no le es lícito ser*, es decir, el niño sabrá que no puede tener todo lo que el padre tiene; y, que además, existen muchas cosas que son reservadas solo para el padre. De este modo, el complejo de Edipo permite la introyección de la autoridad paterna, que marca la prohibición del incesto y la prohibición del parricidio, las cuales son esenciales para pertenecer al vínculo social. El complejo de Edipo, “abre el acceso a la cultura a través de la sumisión al padre y la identificación con él, que es el portador de la ley que regula el juego del deseo” (Kaufmann, 1996, pág. 143).

A partir de esa prohibición de las relaciones sexuales con los padres, el sujeto se ve obligado a buscar el objeto sexual, fuera del espacio familiar. Así, dicha prohibición permite fundar la

⁴² “El niño teme la castración como realización de una *amenaza* paterna en respuesta de sus actividades sexuales” (Laplanche & Pontalis, 1993, pág. 58).

organización familiar tal y como la conocemos hoy, pues el sujeto funda las estructuras elementales de parentesco (padre, hermana, madre, abuela) en relación a aquello que le es prohibido. Igualmente, es importante señalar que en los animales no sucede nada de esto, un animal puede tener relaciones con su madre, hermana o abuela, y no pasa nada, no hay ningún problema; por lo tanto, en los animales no hay prohibición del incesto y tampoco deseo incestuoso, pues las hembras consanguíneas no son objetos sexuales preferentes para el animal. Por tal razón, el incesto es una característica del sujeto freudiano, es algo que lo identifica, pues únicamente cuando el sujeto reprime el deseo incestuoso puede hacer parte de la cultura, ya que comprende la prohibición y remplace su objeto de satisfacción.

Ahora, Freud encuentra que el complejo de Edipo es universal (pero conserva particularidades en la vida de cada sujeto), y que se halla tanto en sujetos “normales” (durante la niñez) como en los neuróticos (durante la adultez). En cuanto a los neuróticos, se puede decir que cuando los dos deseos edipicos no han sido adecuadamente reprimidos, dan lugar a la neurosis, cuyo complejo nuclear es el vínculo con los padres, gobernado por apetencias incestuosas y sentimientos infantiles, es el predominio de los componentes pulsionales sobre los sociales. Empero, el neurótico actúa en función de una cierta calidad psíquica (expiar la culpa) y no de una realidad objetiva, pues, para él, meros impulsos tiene el valor de hechos, pues la neurosis se caracteriza por situar la realidad psíquica más alta que la fáctica.

De esta manera, la neurosis prueba que la conciencia de culpa generada por el parricidio primordial no se ha extinguido aun en el sujeto, pues el neurótico actúa como alguien que se siente culpable de un crimen que aún no ha cometido, pero que lleva a cabo en su vida psíquica. Así, el complejo de Edipo es el punto de partida para la neurosis, pues una vez impuesta la autoridad del padre el sujeto tiene que hacer algo con el deseo que ahora es prohibido.

En definitiva, la descripción del complejo de Edipo le sirve a Freud para dar cuenta de tres aspectos importantes que caracterizan el sujeto de lo inconsciente.

Primero, le permite descubrir que existe algo que no puede ser satisfecho por el sujeto y se constituye como una falta; el sujeto debe perder algo (renunciar a lo pulsional) para poder hacer lazo social; por lo cual, el sujeto freudiano reprime parte de lo pulsional para poder acceder a la cultura.

Segundo, Freud pudo evidenciar la importancia de la prohibición de los dos deseos edipicos para el sujeto; puesto que, en primer lugar, le permite al sujeto la introyección de la ley, lo que le ayuda a vincularse a la sociedad; y en segundo lugar, le permite al sujeto fundar la estructura del superyó.

Tercero y último, Freud pudo demostrar que el sujeto de lo inconsciente es por especificidad incestuoso, que aquella pulsión tan rechazada por el sujeto constituye una parte fundamental en el psiquismo individual; pues, por un lado, una vez reprimida le permite al sujeto acceder al vínculo social; por otro lado, dicha pulsión en tanto reprimida, permanece en lo inconsciente, y desde allí produce efectos en la conducta del sujeto (síntomas).

4. Conclusiones

El presente trabajo monográfico pretendía explicar la noción de sujeto en Sigmund Freud, a partir de una crítica al concepto de sujeto cartesiano y del análisis de *Tótem y tabú*. Una vez realizado lo anterior, se puede llegar a las siguientes conclusiones:

- I. Freud produce una subversión del sujeto cartesiano. Mientras que el sujeto cartesiano se caracteriza por una absoluta confianza en la razón y en la conciencia; para Freud, el sujeto habla sin ser consciente de la totalidad de sus pensamientos, pues la conciencia y la razón no son siempre un elemento primordial de lo que ocurre en la psiquis del sujeto.
- II. Descartes y Freud construyeron dos nociones de sujeto diferentes y significativas para la filosofía moderna. Uno explicó el sujeto a partir de la razón, como consciente de todos sus pensamientos; el otro, explicó el sujeto a partir de lo inconsciente, incapaz de conocer plenamente todos sus pensamientos.
- III. Descartes establece las condiciones de posibilidad para el sujeto de lo inconsciente, a partir de dos aspectos importantes. Primero, porque en las *Meditaciones* delinea el sujeto dividido y vacío del síntoma, aquel sujeto del psicoanálisis. Segundo, porque la filosofía cartesiana estableció la división esencial entre el pensamiento y el ser del sujeto, lo cual le permitió al psicoanálisis reconocer que ser y pensar no se identifican. Así pues, el sujeto de la certeza cartesiana, aquel sujeto vacío, atravesado por el lenguaje y que no tiene una forma de identificar su ser, es el sujeto de lo inconsciente.
- IV. El sujeto de lo inconsciente resulta como efecto no esperado que arroja la operación de la ciencia moderna. El sujeto de la ciencia moderna inaugurado por el *cogito* cartesiano, funda las condiciones para un saber sin sujeto; por lo cual, el discurso científico no desea saber sobre el sufrimiento a nivel de la realidad psíquica del sujeto. Sin embargo, Freud, concedió un lugar para ese sujeto que la ciencia había expulsado, otorgándole la posibilidad de nombrar su verdad y comprendiéndolo en su singularidad, más allá del discurso de la ciencia.

- V. Desde el surgimiento del psicoanálisis, el saber sobre el sujeto, involucra ir más allá de la razón, implica saber sobre lo inconsciente. Puesto que —según Freud— los contenidos de lo inconsciente tienen algo que decir sobre el sujeto; aunque estos permanecen desconocidos, determinan algunas conductas y estados psíquicos del sujeto: sueños, lapsus, chistes, síntomas, etc. De esta manera, el concepto de lo inconsciente reveló una nueva forma de concebir al sujeto; primero, porque permitió evidenciar que parte de la verdad del sujeto es aquello que reprime, es decir, que permanece en lo inconsciente; segundo, porque reflejó que el sujeto es un desconocido para sí mismo, pues la conciencia contiene una versión incompleta de lo que es el sujeto.
- VI. Freud inauguró una nueva noción de sujeto, que rompe con la tradición del sujeto de la conciencia. Las principales características de dicho sujeto son:
- a) Es producto del proceso de represión. El sujeto debe reprimir algunas de sus pulsiones, lo anterior es un paso que todo ser humano ha sufrido, para poder pertenecer al vínculo social.
 - b) Es sintomático. Según Freud, lo propio de la condición humana es que tengamos síntomas psíquicos; primero, porque el sujeto es el resultado del conflicto entre lo que ocurre con sus pulsiones y lo que hace con ellas, a partir de las prohibiciones impuestas; segundo, porque el sujeto está atravesado por el lenguaje; y, entonces, no funciona como el resto de los animales, lo cual le deja un malestar, un síntoma.
 - c) Se constituye a partir de la falta y el deseo. El sujeto de lo inconsciente se define como faltante, porque no puede encontrar el objeto que satisface su deseo; no obstante, a partir de ese deseo insatisfecho, el sujeto puede denominarse como deseante, pues el deseo es inmortal (nunca encuentra satisfacción); por lo tanto, el sujeto debe buscar nuevas formas de satisfacción por el camino que le procura lo inconsciente.
 - d) Está atravesado por el lenguaje. Lo que implica que; por un lado, padece el síntoma; y, por otro lado, su satisfacción no se realiza como en los animales. En este sentido, para Freud el hombre es un ser desnaturalizado, pues no se comporta de acuerdo con las leyes de la naturaleza.
 - e) Es pulsional. Primero, porque el ser humano pierde el instinto y con ello brota la pulsión, la cual guía el actuar del sujeto, ya que ha perdido la programación instintiva.

Segundo, porque la pulsión le permite al sujeto unir lo que ocurre en el cuerpo y lo que ocurre en el aparato psíquico, ya que la inmersión en el lenguaje trajo consigo la división entre el cuerpo y la psiquis. Tercero, porque el sujeto de lo inconsciente se moviliza esencialmente con el fin de satisfacer sus pulsiones.

- f) Está atravesado por dos instancias: la conciencia y el inconsciente, lo prueba la existencia de la conducta ambivalente en el sujeto. Según Freud, el sujeto opera desde dos instancias: lo inconsciente y la conciencia; de manera que, para el psicoanálisis hay sujeto dividido, lo que implica una idea de sujeto más compleja, pues la actividad de la conciencia se tropieza en algunas ocasiones con la actividad de lo inconsciente.
- g) Es incestuoso. La inclinación hacia el incesto y la hostilidad desempeñan en la constitución del psiquismo individual un lugar importante. Primero, porque la renuncia a las pulsiones incestuosas le permiten al sujeto pertenecer al vínculo social. Segundo, porque una vez reprimidas dichas pulsiones, el sujeto puede reconocer la ley, y se crea el núcleo del superyó. Tercero, porque el sujeto a partir de la renuncia a lo pulsional, entiende que debe remplazar su objeto de satisfacción; y, además, que existe algo que no puede ser satisfecho (el deseo incestuoso). Cuarto, porque las pulsiones incestuosas desempeñan un papel importante en la formación de la neurosis.

VII. El presente trabajo monográfico intentó demostrar un vínculo estrecho entre psicoanálisis y filosofía. Se intentó probar que algunos postulados de la tradición filosófica cartesiana en alguna medida coinciden con el sujeto del psicoanálisis; y también, que es menester para la filosofía atender a los cuestionamientos que surgen con la teoría freudiana; puesto que, el sujeto de lo inconsciente es un oponente al sujeto de la razón y la conciencia.

VIII. De las anteriores conclusiones, se puede decir que ha sido demostrada la hipótesis del presente trabajo monográfico, pues el sujeto freudiano necesita del sujeto cartesiano, pero como se evidenció, el sujeto freudiano es, al mismo tiempo, una superación del sujeto cartesiano. Finalmente, es necesario puntualizar, que el alcance de esta indagación es muy corto; aún quedan otras dilucidaciones que Freud realiza alrededor del concepto de sujeto. Por ahora, se pudo evidenciar que el sujeto freudiano es una nueva noción de sujeto, que subvierte la concepción tradicional del sujeto consciente y de la naturaleza humana.

5. Bibliografía

Descartes, Rene. (2009). *Meditaciones acerca de la filosofía primera*. 1° edición, Universidad Nacional de Colombia, Biblioteca abierta. Traducción, Jorge Aurelio Díaz.

Descartes, Rene. (1916). *El discurso del método*. Buenos aires: Suramericana.

Kant, Immanuel. (2003). *Pedagogía*. Madrid: Akal.

Kaufmann, Pierre (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis*. (Dir). El aporte freudiano. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques. (1981). *Aún seminario 20*. Barcelona: Paidos.

Laplanche, J., & Pontalis, B. (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, S.A.

Miller, Alain. (1986). *Ocho conferencias*. Buenos Aires: Manantial.

Miller, Alain. (1988). «Freud y la teoría de la cultura» En: *Elucidación de Lacan*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Miller, A., Bleger, D, Cagliolo, S. B., Casenave, L., Fryd, A., Ileyassof, R., Lombardi, G., Nepomiachini, R., Seldes, R. y Tudanca, L. (1992). *Comentario del seminario inexistente*. Buenos Aires: Manantial.

Freud, Sigmund. (1913). *Tótem y tabu*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1917). «Una dificultad del psicoanálisis». En: *Obras completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.

Freud, Sigmund. (1916). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (Parte III). Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1915). *Ensayos sobre metapsicología*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.